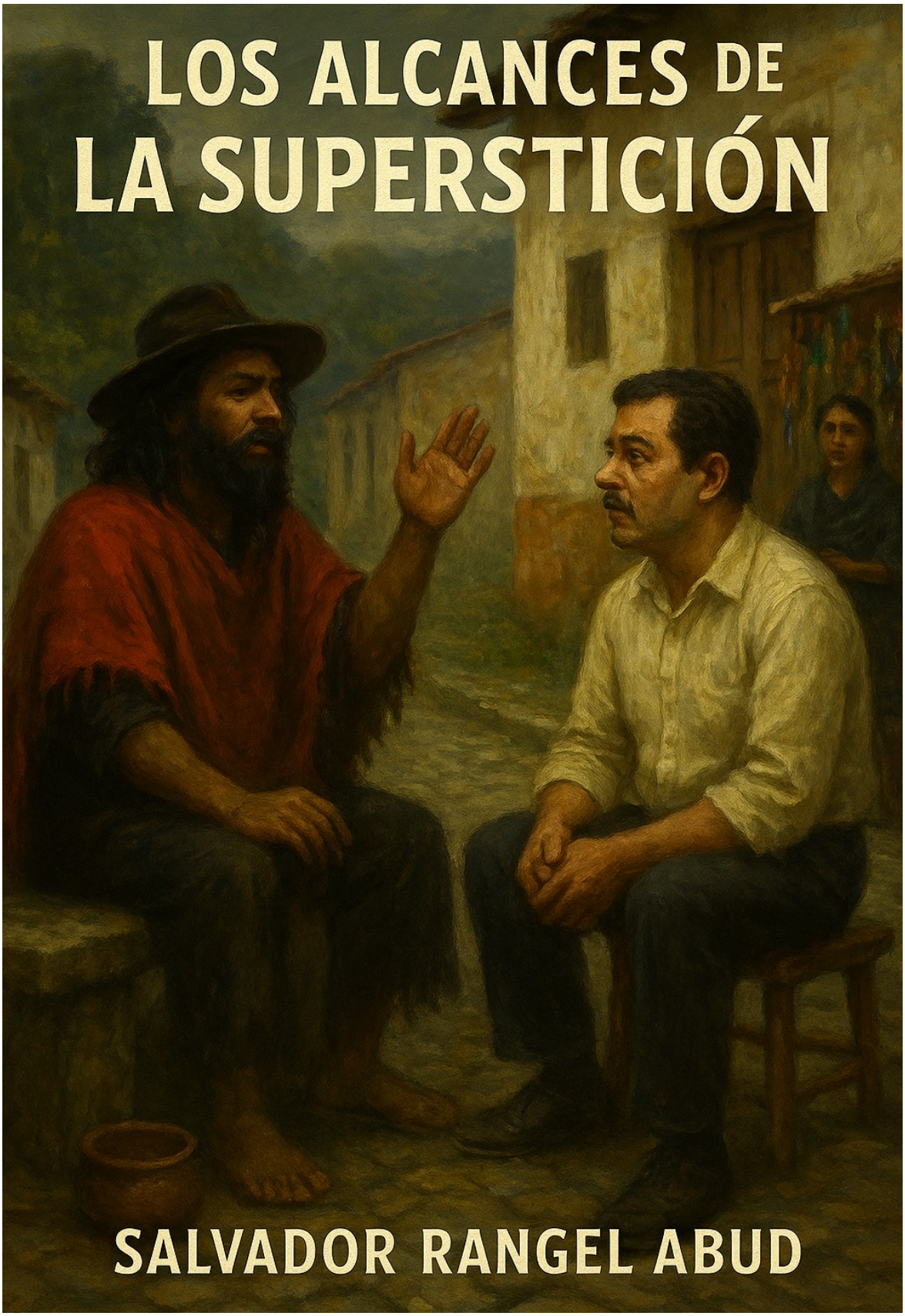
LOS ALCANCES DE
LA SUPERSTICIÓN
SALVADOR RANGEL ABUD

EL CENTAURO NEGRO DE CATEMACO

ÍNDICE

Prólogo: *Donde el humo del copal se mezcla con el de las garnachas*
Capítulo 1: La sombra del desempleo
Capítulo 2: Baño de flores y mentadas de madre
Capítulo 3: La suerte… o lo que se le parezca
Capítulo 4: La indiferencia de Lalo
Capítulo 5: Velas rojas y calzones enterrados
Capítulo 6: La herencia envenenada
Capítulo 7: El prángana millonario
Capítulo 8: Polvo de hueso y rezos torcidos
Capítulo 9: Libre… y más solo que nunca
Capítulo 10: El hombre de la “protección”
Capítulo 11: Mandarina santificada
Capítulo 12: El protegido de la Virgen… y del machete
Capítulo 13: El demonio en vestido rosa
Capítulo 14: Gallinas, crucifijos y gritos
Capítulo 15: Espíritu libre… y tía sin descanso
Epílogo: Los resabios de los hechos

LOS ALCANCES DE LA SUPERSTICIÓN

Prólogo

Donde el humo del copal se mezcla con el de las garnachas

Catemaco huele a muchas cosas al mismo tiempo: a pescado recién frito, a mango pasado, a copal, a gasolina barata y, de vez en cuando, a miedo. Pero sobre todo, huele a oportunidad perdida y a fe mal invertida.

Aquí, en la ribera de la laguna más grande de Veracruz, la vida transcurre entre lo real y lo que la gente jura que vio después de tres copas de aguardiente en la cantina de Macedonio García, un hombre que perdió el ojo derecho apostando a que podía mirar fijamente al sol durante cinco minutos seguidos.

Este cuerpo de agua dulce se asienta como una joya empañada sobre un cráter volcánico, alimentado por arroyos que descienden de la Sierra de Santa Marta como lágrimas de montaña que han visto demasiado. La Isla de los Monos alberga una colonia de macacos tailandeses que llegaron en los ochenta como parte de un experimento universitario abandonado —porque en México, hasta los proyectos científicos terminan siendo anécdotas cómicas—. Estos primates asiáticos observan con desdén oriental a los turistas que los fotografían desde lanchas dirigidas por capitanes que cobran en dólares pero dan el cambio en pesos devaluados.

En las aguas que se vuelven marrones cerca de la orilla por el lodo volcánico, nadan especies que parecen inventadas por un biólogo con demasiada imaginación: los topotes, pececillos que los lugareños pescan con redes tan pequeñas que parecen coladores; los tegogolos, caracoles únicos en el mundo que saben a mezcla entre almeja y nostalgia, y que ahora escasean tanto que los restaurantes sirven —tegogolos de imitación hechos con caracoles comunes bañados en salsa secreta.

La plaza principal es un museo viviente de la desesperación humana con bancas de hierro que chirrían como almas en pena. Ahí se sientan los mismos personajes todos los días: don Tiburcio Coromina, que perdió tres dientes en una pelea con su propia sombra; doña Remedios Paniagua, una viuda que lleva luto desde 1987 pero que nunca estuvo casada; y Crescenciano Heredia, un ciclista que dejó de creer en los frenos después de que un perro le ladró muy fuerte.

Las muchachas del pueblo se arreglan el cabello con el reflejo de los charcos, porque los espejos están tan empañados por el vapor de las hierbas que hierven en los patios que solo sirven para verse borroso y sentirse bonita por error. Los vendedores ambulantes ofrecen desde —amuletos contra la mala suerte fabricados con tapas de refrescos, hasta

—pomadas para los cuernos preparadas con sebo de res y esperanzas molidas.

Y en medio de todo este circo de la credulidad, como figura central de un teatro al aire libre dirigido por la desesperación misma, está él: el Centauro Negro. Un hombre mitad misterio, mitad vendedor de humo, mitad charlatán profesional—sí, mitad y media, porque en Catemaco las matemáticas funcionan diferente cuando se trata de brujos— Asegura tener la solución para cualquier problema de la existencia humana... siempre y cuando el pago sea en efectivo, por adelantado, y preferiblemente en billetes que no huelan a sudor de pescador.

Su consultorio queda en la calle Independencia, entre la carnicería de Estanislao López y la peluquería de Bonifacio Reséndiz. El lugar parece diseñado por alguien que vio demasiadas películas de terror mexicano: paredes pintadas de negro mate, velas de colores que gotean cera como lágrimas de santo doliente, esqueletos de pollo colgando del techo, y un olor persistente que es mezcla de copal, hierbas exóticas, naftalina y desesperación humana concentrada.

Yo, que he vivido toda mi vida en este pueblo que parece diseñado por algún dios con sentido del humor retorcido, no sé si creer o no en los poderes del Centauro Negro. He visto cosas que desafían toda lógica, como cuando don Filomeno Retureta se curó de la artritis después de una limpia con cangrejos vivos, aunque también dejó de tomar aguardiente y empezó a hacer ejercicio. O como cuando doña Alicia Mendiola aseguró que el brujo le devolvió la fertilidad a sus gallinas con un ritual que incluía caracolas de la playa de Montepío, aunque también cambió el gallinero de lugar y les dio alimento balanceado.

Pero algo sí le digo, con la honestidad brutal de quien ha visto este pueblo transformar esperanzas en decepciones, decepciones en anécdotas, y anécdotas en leyendas urbanas: en Catemaco, dudar cuesta caro porque te pierdes el show, y creer, a veces, sale peor... porque el show puede incluirte como protagonista involuntario de una tragedia cómica que durará el resto de tu vida.

Las siguientes cinco historias que les voy a contar son reales, tan reales como la existencia de esos monos asiáticos viviendo en una isla tropical mexicana. Los nombres han sido cambiados para proteger a los inocentes, a los culpables, y especialmente a los que siguen debiendo dinero al Centauro Negro.

Pero los hechos, por absurdos que parezcan, sucedieron tal como se los cuento, en esta región donde la naturaleza compite con la credulidad humana, donde las tortugas nadan junto a las esperanzas perdidas, y donde cada atardecer sobre la laguna trae consigo la promesa de que mañana será otro día para que alguien más decida apostarle su destino a la sabiduría cuestionable de un hombre que se hace llamar el Centauro Negro de Catemaco.

Capítulo 1

La sombra del desempleo

Espiridión Lagunes es de esos hombres que parecen perseguidos por una nube negra personalizada, como si hubiera contratado un servicio de mal tiempo a domicilio y se hubiera olvidado de cancelar la suscripción. A sus cuarenta y dos años, ha coleccionado despidos con la misma dedicación que otros coleccionan estampillas, solo que su colección no vale nada y cada pieza nueva viene acompañada de una humillación pública.

La gasolinera de don Ruperto Villalobos fue su primer gran fracaso documentado. Espiridión confundió diésel con Magna y le echó combustible de tractores al Tsuru del profesor Cayetano Iturriaga. El coche tosió como tuberculoso en etapa terminal durante tres días, hasta que finalmente murió frente a la iglesia durante la misa de once, interrumpiendo el sermón del padre Abundio con una explosión que sonó como si San Pedro se hubiera tirado un pedo celestial.

—Ese muchacho tiene manos de mantequilla derretida, sentenció don Ruperto mientras le entregaba su liquidación en monedas de cincuenta centavos. —Todo lo que toca se vuelve desastre, como si tuviera el toque de Midas pero al revés, convirtiendo el oro en caca.

En el taller mecánico de los hermanos Contreras su error final fue olvidar ponerle aceite al Jetta del alcalde Policarpo Mendizábal. El motor se fundió como paleta de limón al sol cuando el alcalde iba camino a una reunión con el gobernador, dejándolo varado en la carretera estatal como vendedor ambulante sin mercancía.

—Parece que le echó maldición de bruja a las máquinas, murmuró Evaristo mientras veía el humo negro salir del cofre. —Las herramientas se le esconden solas, los tornillos se niegan a entrar, y los motores le agarran tirria personal.

La panadería de doña Clementina Zaragoza demostró que incluso las tareas más simples podían convertirse en catástrofes épicas. Espiridión se comía las donas glaseadas como si fueran su salario, los cuernitos desaparecían en su boca como monedas en alcancía, y las conchas se evaporaban más rápido que las promesas políticas en época electoral.

—No es que sea ladrón, explicaba doña Clementina a sus comadres. —Es que parece tener una aspiradora en el estómago que atrae los panes como el imán atrae clavos. Las empanadas se le meten solas a la boca, y las galletas brincan del anaquel directo a sus dientes.

El colmo llegó cuando se comió todo una hornada de panqués de queso destinada para el cumpleaños de la esposa del comandante de policía. Doña Clementina lo encontró en la trastienda, con las mejillas infladas como hámster acopiador y restos de merengue en las pestañas.

—Señora Clementina, balbuceó con la boca llena de panqué y vergüenza, —es que el panecillo me llamó. Juro que me gritó 'cómeme' desde la vitrina, como si fuera sirena de panadería.

Su último trabajo como cobrador de recibos de agua fue tan absurdo que hasta los más creativos mentirosos del pueblo se quedaron sin palabras. El incidente ocurrió en casa de doña Esperanza Aguirre cuando apareció Chucho, el perro callejero más agresivo del barrio, un animal que parece cruzado entre pitbull y demonio del infierno.

Chucho le gruñó como motor descompuesto, le enseñó los dientes como dentadura postiza mal ajustada, y luego le dio una mordida en la pantorrilla que sonó como cuando muerdes zanahoria cruda. Espiridión gritó, saltó como chapulín asustado, tiró los recibos, y en el pánico se orinó en los pantalones con la elegancia de una manguera rota.

Pero lo peor fue que había mal las entregas, porque el recibo de doña Esperanza Aguirre que vivía tres cuadras más allá, lo había entregado a otra Esperanza que ni servicio de agua tenía en su casa.

—Es como si tuviera un GPS embrujado en la cabeza, comentó el tesorero municipal. —Siempre llega al lugar correcto en el momento equivocado, o al lugar equivocado en el momento correcto, pero nunca donde debe estar y cuando debe estar.

La noticia del cobrador orinado se extendió por Catemaco más rápido que chisme de comadres en mercado. Los niños le gritaban —Espiridión el mión cuando pasaba por la calle, las señoras se tapaban la nariz teatralmente, y hasta los perros del pueblo parecían mirarlo con desdén.

En la cantina de Macedonio García, sus amigos le recomendaron la única solución lógica para una mala racha tan persistente: visitar al Centauro Negro.

—Compadre, le dijo Ladislao Herrera con la sabiduría etílica que solo dan tres cervezas en estómago vacío, —usted no tiene mala suerte normal. Usted tiene mala suerte profesional, de esa que se especializa en joder empleos. Eso necesita brujo de verdad, de esos que cobran en dólares y hablan con santos.

Su situación económica había llegado al punto en que su billetera parecía museo de la pobreza: vacía, polvorienta, y visitada solo por la nostalgia. Su esposa, Gertrudis Zamora, lo miraba con la misma expresión que usaría para ver cucarachas en la sopa.

—Espiridión, le había dicho esa mañana mientras le servía frijoles refritos que parecían cemento con sal, —si no encuentras trabajo pronto, voy a tener que mandar a los niños con mi hermana y poner una demanda de pensión alimenticia contra mi propia pobreza.

Fue así como Espiridión Lagunes, después de agotar todas las opciones racionales y varias irracionales, decidió que era hora de apostarle su destino a la magia negra. Con los últimos doscientos pesos que le había prestado su cuñado Ezequiel, se dirigió hacia la calle Independencia número 47-B.

El sol se ocultaba detrás de la sierra como actor que se retira del escenario después de una mala actuación, y Espiridión caminaba hacia

su cita con el destino con la misma emoción que se va al dentista: necesaria, inevitable, y posiblemente dolorosa.

Lo que Espiridión no sabía era que en Catemaco, quitarse la sal a veces significa que te la cambien por azúcar amarga, y que los milagros del Centauro Negro venían con letra pequeña escrita en tinta invisible que solo se podía leer a la luz de la experiencia.

Capítulo 2

Baño de flores y mentadas de madre

Al día siguiente de recibir el consejo etílico de sus amigos, Espiridión tocó la puerta negra del Centauro con la ansiedad de estudiante que va a examen sin haber estudiado. La puerta se abrió con un chirrido que sonaba como protesta, y apareció un hombre de mediana edad, complexión robusta, con barba de candado que le daba aspecto de pirata jubilado.

Vestía una túnica negra que parecía hecha con cortinas de funeral y llevaba más collares que vendedora de bisutería en tianguis. Sus ojos negros brillaban con esa mezcla de sabiduría ancestral y astucia comercial que caracteriza a los grandes estafadores místicos.

—Usted debe ser Espiridión Lagunes, declaró con voz grave. —Lo estaba esperando. Las energías me dijeron que vendría hoy un hombre cargado de mala suerte y con doscientos pesos exactos en el bolsillo.

Espiridión se quedó boquiabierto. Era cierto que traía exactamente doscientos pesos, aunque también era cierto que había anunciado su visita a medio pueblo en la cantina. Pero en ese momento, impresionado por la —predicción, decidió que efectivamente estaba ante un hombre con poderes sobrenaturales.

En el interior, las paredes estaban cubiertas de imágenes religiosas que competían por espacio con amuletos prehispánicos: la Virgen de Guadalupe convivía pacíficamente con figuras aztecas, San Judas Tadeo compartía repisa con un Buda sonriente, y crucifijos colgaban junto a fotos de santos como si fuera un encuentro ecuménico de fe desesperada.

—Siéntese, ordenó el Centauro Negro señalando una silla de plástico. —Primero necesito hacer un diagnóstico espiritual para ver qué tipo de maldición trae encima.

Sacó su baraja gastada y comenzó a barajarlas con destreza de crupier. Las cartas volaban entre sus manos mientras murmuraba palabras que sonaban como latín mezclado con náhuatl y algo que podría haber sido francés mal pronunciado.

—Mmm, murmuró después de extender las cartas. —Aquí veo muchas pérdidas de trabajo, problemas con animales, y... ¿usted se orinó en público recientemente?

Espiridión se puso rojo como jitomate maduro. —¿Cómo sabe eso?

—Las cartas no mienten, respondió el brujo con solemnidad. —Aquí dice claramente que usted tuvo un encuentro traumático con un can de la calle que resultó en humillación líquida.

Lo que las cartas no decían, pero que el Centauro Negro sabía perfectamente, era que doña Esperanza Aguirre era su prima segunda y le había contado toda la historia durante la misa del domingo.

—El problema es que usted está cargado de energía negativa acumulada, continuó mientras recogía las cartas. —Es como si fuera imán para las desgracias. Necesita una limpia profunda, de esas que llegan hasta el alma.

Se dirigió a su armario y comenzó a sacar implementos: un ramo de albahaca sospechosamente fresco, un huevo blanco que juraba había sido puesto por —gallina virgen, una botella de aguardiente Potosí que olía más a gasolina que a alcohol, y varios frascos con líquidos de colores dudosos.

—Quítese la camisa, ordenó mientras encendía varitas de incienso. —La limpia tiene que ser directa sobre la piel para que penetre la energía purificadora.

Espiridión obedeció, sintiéndose vulnerable como pollo desplumado. El brujo comenzó golpeándole la espalda con albahaca mientras recitaba oraciones que sonaban como mezcla de padre nuestro con receta de cocina.

—¡Sal, mala suerte, sal! ¡Fuera energías negativas! ¡Que se vayan los malos aires que traen desempleo!, gritaba mientras las hojas volaban como confeti verde.

Después vino la parte del huevo. El Centauro Negro comenzó a rodarlo por todo el cuerpo de Espiridión, desde la cabeza hasta los pies, mientras murmuraba cosas como —que se absorba toda la mala vibra y —que el huevo se lleve las desgracias.

—Ahora viene la parte fuerte, anunció, agarrando la botella de aguardiente. —Esto va a arder un poco, pero es normal. Es la maldición que se está quemando.

Comenzó a rociar el aguardiente por todo el cuerpo de Espiridión, quien inmediatamente empezó a arder como si lo hubieran bañado en ácido.

—¡Ay, madre! ¡Me arde toda la piel!, gritó Espiridión.

—Es normal, es la energía negativa que se está quemando, lo tranquilizó el brujo. —Entre más le arda, más maldición tenía encima.

Siguiendo esa lógica, Espiridión debía haber estado más maldito que personaje de telenovela mexicana.

El clímax llegó cuando el Centauro Negro sacó de una jaula un gallo colorado que parecía tan confundido como el propio Espiridión. El animal

cacareaba nerviosamente, como si supiera que su participación no iba a ser voluntaria.

—Este es Ruperto, anunció presentando al gallo. —Él va a absorber toda la mala suerte que quede en su aura.

Comenzó a pasear el gallo por la cabeza de Espiridión, mientras el animal aleteaba desesperadamente y cacareaba protestas que sonaban como reclamos laborales. Las plumas volaban por todos lados, el gallo defecaba ocasionalmente por el susto, y Espiridión trataba de mantenerse inmóvil mientras un animal histérico le caminaba por la coronilla.

—¡Sal, mal aire, sal!, gritaba el brujo con fervor religioso, mientras el gallo Ruperto cacareaba lo que claramente eran mentadas de madre en idioma avícola. —¡Que se vaya toda la maldición! ¡Que este hombre encuentre trabajo!

Afuera, un grupo de curiosos se había reunido para escuchar el espectáculo. Los gritos del brujo, los cacareos del gallo, y los gemidos de Espiridión creaban una sinfonía de desesperación que sonaba como radionovela en vivo.

El ritual duró casi una hora, durante la cual Espiridión fue sometido a sahumerios de copal que lo dejaron tosiendo como fumador empedernido, ungimientos con aceites que olían a pescado podrido, y aspersiones de agua bendita que el Centauro Negro aseguraba venía directamente del río Jordán, aunque sospechosamente sabía a agua de la llave con sal.

Finalmente, cuando Espiridión ya parecía pollo rostizado con problemas existenciales, el brujo declaró terminado el ritual. El gallo Ruperto fue devuelto a su jaula con el aire de quien había cumplido un deber cívico desagradable pero necesario.

—Listo, anunció mientras se limpiaba las manos en una toalla que había visto mejores décadas. —Ya está usted limpio de toda energía negativa. Los trabajos van a llegar solos, como moscas a la miel.

Espiridión se vistió con manos temblorosas, todavía ardiendo por el aguardiente y oliendo a una mezcla de copal, huevo y desesperación. Pagó los doscientos pesos con la fe del converso y la billetera del desesperado.

—Eso sí, le advirtió el Centauro Negro mientras contaba los billetes, —durante tres días no se bañe, no tome alcohol, y no se acueste con su señora. La energía positiva necesita tiempo para asentarse, como cemento fresco.

Espiridión salió sintiéndose extraño, como si hubiera pasado por una experiencia religiosa dirigida por un veterinario loco. La gente en la calle lo miraba con curiosidad, principalmente porque despedía un aroma que podría describirse como —santidad con problemas de higiene.

Caminó hacia su casa con paso incierto, sintiéndose diferente pero sin saber exactamente en qué. En su mente resonaban las palabras del brujo: —Los trabajos van a llegar solos.

Lo que no sabía Espiridión era que en Catemaco, cuando los brujos dicen que algo va a llegar —solo, generalmente significa que va a llegar acompañado de complicaciones que no están incluidas en el precio del ritual.

Capítulo 3

La suerte... o lo que se le parezca

Al día siguiente de la limpia, Espiridión despertó con la sensación de que algo había cambiado en el universo, aunque no sabía exactamente qué. Todavía olía a copal y aguardiente, tenía plumas de gallo pegadas en el cabello, y su piel brillaba con un resplandor que podría considerarse místico si uno fuera generoso con las definiciones.

Gertrudis, su esposa, lo miraba desde la cocina con la misma expresión que usaría para observar un experimento científico que hubiera salido mal. —Espiridión, hueles como si te hubieran marinado para una barbacoa espiritual, le dijo mientras le servía café aguado. —Y brillas como vela bendita en iglesia pobre.

—El brujo dijo que no me bañe en tres días, explicó Espiridión con la convicción de quien sigue instrucciones médicas al pie de la letra. —La energía positiva necesita tiempo para asentarse.

Gertrudis levantó una ceja con escepticismo. —Más vale que esa energía positiva incluya un trabajo decente, porque la energía negativa de estar casada con un desempleado que huele a brujo ya me tiene hasta la coronilla.

Era apenas las ocho de la mañana cuando Espiridión salió de casa con más esperanza de la que había tenido en meses. Su primera parada fue el café de doña Eulalia Vázquez, donde normalmente solo podía permitirse mirar el menú de precios.

—Buenos días, doña Eulalia, saludó con más optimismo del que había mostrado en meses. —Un café negro, por favor.

—¿Usted no es el que se orinó cuando lo mordió el perro de doña Esperanza?, preguntó doña Eulalia con curiosidad.

—Ese mismito, admitió Espiridión sin perder el ánimo. —Pero ayer me hice una limpia con el Centauro Negro. Ya estoy renovado espiritualmente.

—Ah, pues le funcionó, comentó doña Eulalia mientras le servía café. —Se ve usted diferente. Como más... luminoso.

Espiridión estaba saboreando su café cuando llegó un hombre que nunca había visto antes. Era alto, bien vestido, con aspecto de quien tiene dinero en el banco y problemas existenciales en el alma.

—Disculpe, ¿usted es Espiridión Lagunes?, preguntó el desconocido.

—Para servirle, respondió Espiridión, preguntándose si sus deudas lo habían alcanzado hasta en el café.

—Me llamo Abundio Castellanos, soy dueño de varios negocios en la región, se presentó mientras se sentaba. —Necesito a alguien de confianza para un trabajo especial. Me dijeron que usted es muy honesto.

Espiridión casi se atraganta con el café. Nadie lo había llamado —muy honesto desde que tenía doce años. —¿Qué tipo de trabajo?

—Necesito que lleve unos sobres a diferentes direcciones en Xalapa, explicó Abundio mientras sacaba un fajo de billetes. —Es información confidencial de mis negocios. Le pago quinientos pesos por el viaje, más pasajes.

Quinientos pesos era más dinero del que Espiridión había visto junto en meses. Sin pensarlo dos veces, aceptó el trabajo. Abundio le entregó tres sobres sellados, dinero para pasajes, y una dirección donde encontrarlo al regreso.

—Una cosa importante, le advirtió Abundio con seriedad. —No abra los sobres. Es información muy delicada. Mi negocio depende de la discreción.

Una hora después, Espiridión abordó el autobús a Xalapa sintiéndose como agente secreto en misión especial. Durante el viaje no podía dejar de sonreír. Claramente, la limpia del Centauro Negro había funcionado. Los trabajos llegaban solos, tal como había prometido el brujo.

Para las dos de la tarde ya había entregado los tres sobres sin problemas. Las direcciones correspondían a oficinas gubernamentales donde lo recibieron como si estuvieran esperándolo. Todo salió perfecto, tan perfecto que empezó a sospechar que tal vez había encontrado su verdadera vocación.

De regreso en Catemaco, Abundio Castellanos lo esperaba con cara de satisfacción. —Excelente trabajo, Espiridión. Definitivamente es usted la persona que necesitaba. Le pagó los quinientos pesos prometidos y le dio una propina extra de cien pesos.

Espiridión regresó a casa sintiéndose como ganador de lotería. Tenía seiscientos pesos en el bolsillo, un trabajo potencial, y la confirmación de que el Centauro Negro efectivamente tenía poderes sobrenaturales.

—¿De dónde sacaste tanto dinero?, le preguntó Gertrudis con suspicacia maternal.

—Conseguí trabajo llevando sobres a Xalapa, explicó Espiridión con orgullo. —El brujo tenía razón. La suerte cambió completamente.

Pero como suele pasar en Catemaco, cuando algo parece demasiado bueno para ser cierto, generalmente es porque es demasiado bueno para ser cierto.

Al día siguiente por la tarde, mientras compraba provisiones en la tienda de don Maximiliano Cortés, se encontró con Ladislao Herrera, el electricista que había sugerido la visita al brujo.

—Compadre, ¿ya oyó las noticias?, le preguntó Ladislao con cara de quien trae chismes frescos. —Anoche hubo una redada en Xalapa. Agarraron a varios funcionarios recibiendo sobornos.

Espiridión sintió como si le hubieran echado agua helada en las venas. —¿Sobornos?

—Sí, parece que había una red de corrupción bien organizada. Alguien llevaba sobres con dinero a diferentes oficinas. Dicen que el FBI está investigando porque puede ser lavado de dinero de narcos.

El corazón de Espiridión comenzó a latir como tambor en festival. Los sobres que había entregado, las oficinas gubernamentales, la discreción solicitada... todo empezaba a cobrar un sentido muy diferente.

—¿Y agarraron al que llevaba los sobres?, preguntó con voz temblorosa.

—No, ese desgraciado se escapó. Pero tienen descripción completa: hombre moreno, de mediana edad, que olía raro, como a incienso mezclado con alcohol. Ladislao lo miró de cerca. —Oiga, compadre, usted huele exactamente así.

Espiridión salió corriendo de la tienda como si le hubieran prendido fuego a los pantalones. Cuando llegó al café de doña Eulalia buscando a Abundio Castellanos, ella le informó que el hombre había desaparecido sin dejar rastro.

—Se fue como alma que lleva el diablo, comentó doña Eulalia. —Dejó dinero para pagar su cuenta y se largó en una camioneta con placas de Tampico.

Durante los siguientes tres días, Espiridión vivió en un estado de paranoia creciente. Cada ruido en la calle le parecía la policía llegando a arrestarlo. Cada ladrido de perro sonaba como sirena de patrulla. Se la pasó imaginando titulares de periódico: —Arrestado mensajero de narcos en Catemaco.

Fue el viernes de esa misma semana cuando su paranoia se transformó en alivio. Se enteró de que efectivamente habían estado preguntando por él en varias partes del pueblo. Pero no era la policía.

Era la señora Jovita Mendoza, dueña de la papelería más próspera de Catemaco, quien había oído que él tenía experiencia llevando documentos importantes y quería contratarlo para entregar facturas y pedidos en San Andrés Tuxtla.

—Me dijeron que usted es muy responsable y confiable, le explicó doña Jovita. —Necesito alguien que lleve mis documentos importantes sin meterse en problemas.

Espiridión aceptó el trabajo, principalmente porque necesitaba el dinero y porque parecía completamente legal. Doña Jovita efectivamente tenía una papelería legítima, facturas reales, y pedidos normales.

Pero el universo parecía empeñado en demostrar que la suerte de Espiridión venía con complicaciones incluidas.

En su primer viaje a San Andrés Tuxtla, mientras esperaba el autobús de regreso, se le rompió la bicicleta que había pedido prestada. La cadena se partió en plena cuesta, mandándolo directo contra un puesto de frutas que pertenecía a la prima del alcalde.

El impacto fue espectacular: naranjas rodando por todos lados, plátanos volando como proyectiles tropicales, y Espiridión en el suelo con mango maduro en la camisa. Tuvo que pagar los daños con la mitad de lo que había ganado.

Llegó a casa con la rodilla raspada, la ropa manchada de mango, y la mitad del salario. Pero lo peor vino después, cuando se dio cuenta de que había olvidado prender la estufa antes de salir. El arroz había estado ocho horas absorbiendo agua hasta convertirse en una pasta gris que parecía cemento comestible.

Esa noche, mientras aplicaba pomada en su rodilla y trataba de explicar a los niños por qué papá olía a mango fermentado, Espiridión reflexionó sobre su situación. Tenía trabajo, eso era cierto. También tenía dinero, aunque menos del que había ganado. Pero seguía teniendo la sensación de que algo andaba mal con su nueva racha de suerte.

Sus amigos en la cantina tenían teorías variadas sobre la situación.

—Es normal, compadre, le aseguró Aniceto Morales. —La suerte tarda en acomodarse completamente. Es como cuando te compras zapatos nuevos: al principio aprietan, pero después quedan perfectos.

Crescenciano Heredia añadió su sabiduría: —El Centauro Negro le quitó la mala suerte, pero la buena suerte todavía está aprendiendo a conocerlo. Dense tiempo de acostumbrarse el uno al otro.

Pero Espiridión tenía la sospecha creciente de que tal vez el problema no era que la suerte estuviera aprendiéndolo a conocer, sino que él estaba aprendiendo que en Catemaco, hasta los milagros vienen con efectos secundarios no declarados en el empaque.

Lo que no sabía era que al día siguiente recibiría una visita que pondría en perspectiva todo lo que había pasado hasta ese momento. Porque en un pueblo donde los brujos aceptan tarjetas de crédito y los experimentos universitarios se convierten en atracciones turísticas, siempre hay lugar para una sorpresa más.

Capítulo 4

La indiferencia de Lalo

Conchita Chimal se enamoró de Eduardo Canales un martes a las dos y cuarto de la tarde, momento exacto en que lo vio comerse un elote con tanta elegancia que hasta el chile piquín parecía condimento de restaurante francés. Desde ese instante preciso, su vida se dividió en dos épocas: antes de Lalo y después de Lalo, como si fuera el calendario cristiano pero con mazorca de maíz en lugar de crucifixión.

Eduardo —Lalo Canales tenía treinta y cinco años, complexión atlética que mantenía trabajando en la construcción, y esa indiferencia natural hacia el sexo opuesto que vuelve locos a las mujeres con la misma efectividad que la miel atrae moscas. No era guapo de manera convencional, pero tenía esa combinación mortal de mandíbula firme, sonrisa de medio lado, y aire de hombre que sabe cambiar una llanta sin consultar el manual.

El problema era que Lalo trataba a las mujeres con la misma cordialidad distante que usaría con vecinos que viven tres casas más allá: educado, amigable, pero sin el menor interés en profundizar la relación más allá de saludos ocasionales y comentarios sobre el clima.

Conchita, por su parte, era una mujer de veintinueve años que trabajaba en la panadería de su tía Eleuteria Morales, una señora que hacía conchas tan perfectas que parecían obras de arte comestibles. Conchita tenía cara bonita, cintura de reloj de arena, y esa tendencia femenina a enamorarse de hombres que la trataban como si fuera mueble decorativo.

Desde el día del elote, Conchita había desarrollado una serie de estrategias románticas que rayaban en lo científico por su precisión y en lo desesperado por su intensidad. Había estudiado los horarios de Lalo con la dedicación de espía internacional: cigarros en la tienda de don Maximiliano los lunes a las siete, almuerzo con doña Candelaria los miércoles y viernes, cerveza en la cantina de Macedonio los sábados después de cobrar.

Armada con esta información, Conchita comenzó su campaña de seducción con sutileza de bomba nuclear. Empezó apareciendo —casualmente en todos los lugares donde sabía que Lalo estaría, siempre con alguna excusa perfectamente plausible pero transparente como cristal.

Los lunes necesitaba urgentemente aspirinas en la tienda. Los miércoles desarrolló súbita pasión por los tacos de doña Candelaria. Los sábados descubrió que tenía que entregar encargos de pan justo cuando Lalo terminaba su cerveza.

—Buenos días, Lalo, lo saludaba con sonrisa que había practicado frente al espejo hasta perfeccionar el ángulo exacto que mostraba sus dientes sin parecer desesperada. —¿Qué tal el trabajo?

—Bien, bien, respondía Lalo con cortesía automática, como si estuviera hablando con la empleada del banco. —¿Y usted qué tal?

—Ahí andamos, trabajando en la panadería, contestaba Conchita, esperando que él mostrara algún interés en profundizar la conversación. Pero Lalo asentía educadamente y seguía su camino como si ella fuera parte del paisaje urbano.

Frustrada por la falta de progreso, Conchita decidió escalar sus tácticas. Se compró vestidos nuevos, se cambió el peinado tres veces en un mes, y empezó a usar un perfume que olía a flores tropicales mezcladas con esperanza desesperada.

—¿Te das cuenta de cómo se arregla últimamente?, comentaba su prima Lupita Sandoval, una mujer casada que daba consejos amorosos con la autoridad de quien había logrado atrapar marido, aunque fuera uno que roncaba como motosierra. —Está gastando más en ropa que un político en campaña.

—Pero ese hombre no te pela ni aunque te prendas fuego en la plaza principal, le decía su tía Eleuteria con esa franqueza brutal que caracteriza a las mujeres mayores.

Pero Conchita había llegado al punto donde la lógica y el orgullo son consideraciones secundarias. Estaba oficialmente obsesionada, en esa fase del enamoramiento donde el cerebro deja de funcionar racionalmente y empieza a operar con la lógica de telenovela mexicana.

Su siguiente estrategia fue la más arriesgada: fingir accidentes para que Lalo la auxiliara. El primer intento fue en el mercado, donde se las arregló para —tropezarse justo cuando él pasaba cargando material de construcción. El plan era perfecto: ella caería elegantemente, él la ayudaría a levantarse, sus manos se tocarían, y ahí nacería el romance.

La realidad fue menos romántica. Conchita tropezó efectivamente, pero se fue de lado y tiró un puesto de chiles que pertenecía a doña Soledad Quirino, una señora con temperamento de chile habanero y vocabulario de albañil. Los chiles rodaron por todos lados, doña Soledad empezó a gritar como si hubiera visto al diablo, y Lalo ayudó a recoger los chiles pero ni siquiera notó que Conchita había sido la causa del desastre.

—No se preocupe, respondió Lalo con esa amabilidad impersonal que la volvía loca. —A cualquiera le pasa.

El segundo —accidente fue aún más desastroso. Conchita decidió fingir desmayo justo cuando Lalo saliera de la ferretería. La idea era que él, preocupado por su bienestar, la llevaría a su casa, le daría agua, y en ese ambiente íntimo finalmente se daría cuenta de lo maravillosa que era.

Pero cuando Conchita se dejó caer teatralmente fingiendo desmayo, quien la encontró no fue Lalo sino don Tiburcio Coromina, el hombre que había peleado con su propia sombra. Don Tiburcio, convencido de que Conchita había muerto, empezó a gritar que había cadáver en la calle, lo que atrajo a medio pueblo incluido el agente de tránsito Apolinar Estévez, que trató de hacer respiración de boca a boca.

Cuando Conchita abrió los ojos y vio la cara de bigote gris de don Tiburcio a cinco centímetros de distancia, el susto sí la hizo desmayarse de verdad. Despertó en la farmacia con medio pueblo mirándola como atracción de circo, pero Lalo brillaba por su ausencia.

Su última táctica fue la más desesperada: empezó a frecuentar los mismos lugares que Lalo con la esperanza de que la mera repetición de encuentros eventualmente despertara su interés. Esto significaba levantarse temprano para estar en la panadería cuando él comprara su pan matutino, almorzar donde él almorzaba, y hasta ir a misa cuando se enteró de que Lalo acompañaba a su madre los domingos.

El problema era que Lalo parecía tener un don natural para no notar lo obvio. Veía a Conchita en todos lados pero la trataba con la misma cortesía distraída que usaría con cualquier conocida casual. Le decía —buenos días con sonrisa automática, comentaba trivialidades sobre el clima, y seguía su vida como si ella fuera parte del decorado urbano.

—Es como si fuera invisible, se quejaba Conchita con su prima Lupita mientras tomaban café en la tarde. —Lo saludo, le sonrío, me pongo mi mejor ropa, y él me trata como si fuera la señora del aseo.

—Tal vez necesitas ser más directa, sugirió Lupita con la sabiduría de quien ha visto muchas telenovelas. —Los hombres a veces son medio ciegos para las indirectas. Tienes que ser más obvia.

Pero Conchita ya había sido tan obvia que faltaba poco para que pusiera un anuncio en el periódico local. El problema no era que Lalo fuera ciego a las indirectas; el problema era que él simplemente no estaba interesado, y había desarrollado esa habilidad masculina de ignorar señales románticas no deseadas sin ser completamente grosero.

Fue entonces cuando su prima Lupita, después de escuchar la quinta versión de la misma queja, le dio el consejo que cambiaría todo: —Mira, Conchita, ese hombre no se va a conquistar con sonrisas y vestidos bonitos. Necesitas ayuda profesional.

—¿Ayuda profesional? ¿Como un psicólogo?, preguntó Conchita ingenuamente.

Lupita la miró como si fuera niña pequeña que no entiende cómo funcionan las cosas. —No, mujer. Ayuda profesional de verdad. Necesitas un amarre.

La palabra —amarre flotó en el aire entre ellas como promesa peligrosa. Conchita había oído hablar de amarres toda su vida, pero siempre como algo que hacían otras personas, mujeres desesperadas que no podían conseguir hombre por métodos normales.

—¿Tú crees?, preguntó con voz pequeña.

—Niña, llevas seis meses tirándole a ese hombre y él ni siquiera sabe tu apellido completo, le respondió Lupita con brutalidad amistosa. —Si eso no es caso para amarre, no sé qué sea.

Esa noche, Conchita se quedó despierta pensando en la sugerencia de su prima. Por un lado, la idea de recurrir a brujería le parecía drástica, desesperada, y ligeramente inmoral. Por otro lado, ya había probado todos los métodos convencionales de seducción sin obtener ni siquiera una mirada prolongada de Lalo.

La mañana siguiente, mientras preparaba conchas en la panadería, vio a Lalo pasar por la calle camino a su trabajo. Como siempre, iba concentrado en sus propios pensamientos, ajeno a su existencia. Llevaba una camisa de trabajo que resaltaba sus brazos bronceados, y esa manera de caminar que a ella le parecía elegante como baile.

En ese momento, Conchita Chimal tomó una decisión que cambiaría su vida de maneras que nunca imaginó. Si los métodos convencionales no funcionaban, era hora de probar métodos no convencionales. Si Lalo no la notaba por voluntad propia, tal vez era tiempo de darle un pequeño empujón sobrenatural.

Después de todo, razonó mientras veía desaparecer a Lalo en la distancia, el amor verdadero justifica medidas extraordinarias. Y si eso incluía una visita al Centauro Negro, bueno, al menos podría decir que había agotado todas las opciones antes de darse por vencida.

Lo que Conchita no sabía era que en Catemaco, cuando se trata de amarres amorosos, el dicho de —ten cuidado con lo que deseas no es solo consejo: es advertencia de supervivencia.

Capítulo 5

Velas rojas y calzones enterrados

El viernes por la tarde, cuando las sombras se alargaban como dedos de brujo señalando pecados, Conchita se decidió finalmente. Había esperado a que oscureciera para que nadie la viera entrar, porque aunque en Catemaco todo el mundo visitaba al brujo, nadie quería que lo vieran haciéndolo.

Su timidez se desvaneció en cuanto el Centauro Negro abrió la puerta. El hombre la miraba con esos ojos negros que parecían ver hasta los pensamientos más secretos.

—Usted viene por un problema del corazón, declaró sin preámbulos, como si fuera médico especialista en cardiología emocional. —Una situación amorosa que no avanza, un hombre que no la pela ni aunque se ponga desnuda en su puerta.

Conchita se puso roja como chile piquín. —¿Cómo sabe eso?

—Las energías me lo dijeron, respondió con solemnidad teatral, aunque la verdad era que Lupita Sandoval era su sobrina política y le había contado toda la historia durante la comida dominical.

Esta vez el consultorio tenía velas rojas por todos lados, creando un ambiente que oscilaba entre romántico y satánico. Las llamas bailaban

proyectando sombras que parecían danzar al ritmo de pasiones prohibidas.

—Primero necesito saber exactamente qué tipo de hombre es el que la trae de cabeza, comenzó mientras sacaba su cuaderno. —¿Cómo se llama?

—Eduardo Canales, pero le dicen Lalo, respondió Conchita con voz temblorosa. —Es albañil, tiene treinta y cinco años, y es el hombre más guapo del pueblo.

—Ajá, murmuró mientras tomaba notas. —¿Y hace cuánto que anda usted tras él?

—Seis meses. He tratado de todo: vestidos nuevos, perfumes, hacerme la encontradiza, hasta fingí desmayos para que me auxiliara.

El Centauro Negro asintió con comprensión profesional. —Caso clásico de hombre inmune a encantos femeninos normales. Esos son los más difíciles, pero también los más satisfactorios cuando caen. Como domar caballo salvaje: al principio se resiste, pero después no se separa de usted ni con dinamita.

Sacó su baraja gastada y las cartas volaron entre sus manos con destreza de mago de circo. —Veamos qué dicen las fuerzas del destino, murmuró mientras las extendía en forma de corazón. —Mmm... aquí veo un hombre terco como mula, con el corazón cerrado con candado de hierro. Pero también veo que ese candado se puede abrir... con la llave correcta.

—¿Y usted tiene esa llave?

—Niña, yo no tengo la llave, respondió con sonrisa misteriosa. —Yo fabrico llaves maestras que abren cualquier corazón, hasta los que parecen cajas fuertes emocionales.

Recogió las cartas y se dirigió hacia su armario, de donde comenzó a sacar implementos más sofisticados que para una simple limpia: velas rojas del tamaño de veladoras de funeral, aceites que olían a flores marchitas, hierbas secas, y una serie de frascos con líquidos de colores que desafiaban toda lógica cromática.

—Para un amarre efectivo necesitamos crear un vínculo energético entre usted y el objeto de su deseo. Pero primero necesito algunas cosas personales de ese hombre.

—¿Qué tipo de cosas?

—Lo ideal sería un mechón de cabello, pero sirve cualquier cosa que haya estado en contacto directo con su piel: una camisa usada, un pañuelo, un calcetín... Lo que pueda conseguir sin levantar sospechas.

También necesitaba una foto reciente y una prenda íntima de ella. —La prenda absorbe su esencia femenina, que es lo que vamos a usar para atraer la esencia masculina de él.

Tres días después, Conchita regresó con su arsenal: la foto de Lalo sonriendo, la camisa rasgada que había —accidentalmente dañado mientras ayudaba a doña Matilde con la lavandería, y sus calzones rojos envueltos en papel de periódico como si fueran pescado del mercado.

—Perfecto, murmuró el brujo examinando los objetos como experto tasador. —Esto va a funcionar de maravilla. La camisa tiene energía masculina muy fuerte, la foto captura su esencia visual, y estos calzones... levantó la prenda roja con apreciación profesional, —tienen el color perfecto para un amarre de amor ardiente.

Comenzó el ritual encendiendo las velas rojas mientras recitaba una oración que sonaba como mezcla entre padre nuestro y receta de mole. El humo del copal llenó el cuarto creando una atmósfera que oscilaba entre mística y asfixiante.

—Ahora viene la parte delicada, anunció colocando la foto de Lalo en el centro de la mesa. —Vamos a crear el vínculo energético.

Tomó aceite de una botella que olía a rosas muertas y comenzó a untarlo en la foto mientras murmuraba palabras que sonaban como amenazas veladas dirigidas al corazón de Lalo. Después hizo lo mismo con la camisa, frotándola con aceites que la dejaron manchada y olorosa.

—Este aceite está hecho con pétalos de rosas recogidas a medianoche, miel de abeja reina, y agua de lluvia de tormenta de amor, explicó mientras trabajaba. —Cada ingrediente tiene propiedades específicas para ablandar corazones duros.

La parte más dramática llegó cuando tomó los calzones rojos y comenzó a ungirlos con una mezcla de aceites mientras los calentaba sobre una vela encendida.

—Esta prenda va a ser el centro del amarre, explicó con seriedad de cirujano realizando operación a corazón abierto. —Va a absorber toda su energía femenina y la va a proyectar directamente al alma de ese hombre, como radar de amor que no se puede bloquear.

Después de untar los calzones con suficientes aceites como para freír pollo, los colocó en una maceta llena de tierra que aseguró venía del cementerio local —para darle más fuerza al trabajo.

—Ahora viene la parte más importante, anunció mientras comenzaba a enterrar los calzones. —Usted tiene que visualizar claramente cómo quiere que se comporte ese hombre con usted. Imagíneselo besándola, diciéndole cosas bonitas, llevándole serenata, pidiendo su mano en matrimonio. Entre más detallada sea la visualización, más poderoso será el amarre.

Conchita cerró los ojos y comenzó a fantasear con un Lalo completamente transformado: un Lalo que la buscaba todos los días, que le llevaba flores, que le escribía cartas de amor, que la abrazaba en público como si fuera su tesoro más preciado. La visualización fue tan intensa que se le aceleró el corazón y se le sonrojaron las mejillas.

—Perfecto, murmuró el brujo observando su reacción. —Ya siento la energía trabajando. Ahora solo falta sellar el trabajo.

Tomó la foto de Lalo y la ató con un cordón rojo alrededor de una vela gruesa, creando un dispositivo que parecía bomba romántica a punto de explotar. Encendió la vela mientras recitaba una última serie de conjuros que incluían el nombre completo de Lalo repetido como mantra obsesivo.

—El trabajo está hecho, anunció finalmente mientras el humo de la vela creaba espirales que parecían señales de humo amorosas. —En tres días empezará a ver los primeros resultados. En una semana, ese hombre va a estar siguiéndola como perro faldero enamorado.

Conchita pagó los quinientos pesos con una mezcla de esperanza y terror. Era mucho dinero, pero si funcionaba, valdría cada centavo.

—Una cosa muy importante, le advirtió mientras contaba los billetes. —Durante la próxima semana no se bañe con jabón perfumado, no use desodorante, y no se corte las uñas. Su esencia natural tiene que estar intacta para que el amarre funcione completamente.

Conchita salió sintiéndose como si hubiera firmado contrato con fuerzas que no entendía completamente. En su mente resonaban las palabras del brujo: —En una semana va a estar siguiéndola como perro faldero enamorado.

Lo que no sabía era que en Catemaco, cuando los brujos prometen que alguien va a seguirte como perro faldero, a veces olvidan mencionar que los perros falderos pueden ser muy intensos, muy demandantes, y ocasionalmente, muy difíciles de controlar una vez que empiezan a ladrar por atención.

Pero esa lección la aprendería muy pronto, cuando descubriera que conseguir lo que deseas puede ser más complicado que vivir sin ello.

Capítulo 6

La herencia envenenada

Un jueves por la tarde, cuando las sombras se alargaban como dedos de mendigo pidiendo limosna, Leonardo Luján llegó al consultorio del Centauro Negro cargando la desesperación del rico: más refinada en la superficie, pero igual de profunda en el fondo.

Vestía ropa nueva que le quedaba mal —pantalones de marca que parecían disfraz, camisa cara que lo hacía ver como vendedor de seguros en día libre— y llevaba el aire de hombre que tiene todo el dinero del mundo pero no sabe qué hacer con él.

El Centauro Negro lo recibió con una mezcla de respeto y cálculo comercial. No todos los días llegaba un cliente que podía pagar sin regatear, sin pedir descuentos, y sin contar billetes como si fueran lágrimas.

—Don Leonardo, lo saludó con reverencia teatral, —las energías me habían dicho que vendría. Vi en mis sueños a un hombre próspero pero afligido, rico en dinero pero pobre en compañía.

Leonardo se sorprendió por la precisión del diagnóstico, aunque no sabía que el Centauro Negro había oído toda la historia en la cantina de Macedonio García.

—Es cierto, admitió mientras tomaba asiento. —Desde que heredé la fortuna de mi tío, mi vida se ha vuelto un desastre. Mi familia me abandonó, mis amigos me tratan diferente, hasta mi perro se largó.

El brujo asintió con comprensión profesional mientras sacaba su baraja y comenzaba a barajarlas con destreza de crupier de casino cósmico.

—Ah, sí, murmuró con tono de médico diagnosticando enfermedad familiar, —el clásico maleficio de la herencia envenenada. Su tío no solo le dejó dinero, don Leonardo. Le dejó una maldición disfrazada de bendición.

—¿Una maldición?

—Por supuesto, respondió el brujo mientras extendía las cartas en forma de cruz. —Cuando alguien acumula riqueza con soledad, esa soledad se vuelve parte de la fortuna. Es como interés compuesto emocional: mientras más dinero hay, más soledad se genera.

Las cartas confirmaron exactamente lo que el cliente necesitaba escuchar. El Centauro Negro las interpretó con creatividad de novelista escribiendo final inesperado.

—Aquí veo a su tío Cresencio, murmuró señalando una carta. —Fue un hombre muy solo, ¿verdad? Nunca se casó, nunca tuvo hijos, vivió toda su vida acumulando dinero para llenar un vacío que el dinero no podía llenar.

Leonardo asintió lentamente. Según los documentos del abogado, efectivamente su tío había sido soltero y sin descendencia.

—El problema es que cuando una persona muere con soledad acumulada, esa soledad busca un nuevo hogar. Y usted, como heredero principal, no solo recibió el dinero: recibió toda la tristeza que viene pegada a esos billetes.

Era una explicación que tenía la lógica retorcida de las supersticiones profesionales: imposible de comprobar, difícil de refutar, y perfectamente diseñada para justificar tratamiento caro.

—¿Y qué puedo hacer?

—Necesitamos romper la maldición, declaró el brujo mientras se dirigía hacia su armario de implementos místicos. —Pero no va a ser fácil. Esta clase de maleficios están profundamente enraizados. Requieren ritual de purificación muy poderoso.

Comenzó a sacar objetos que parecían provenir de museo de antropología saqueado: huesos que juraba eran de antepasados sabios,

hierbas secas que aseguraba venían de montañas sagradas, y una serie de polvos de colores dudosos.

—Este polvo, explicó mientras mostraba un frasco lleno de sustancia gris que olía sospechosamente a carnicería, —está hecho con huesos molidos de personas que murieron felices y acompañadas. Va a neutralizar la energía de soledad que carga su dinero.

También necesitaban agua de siete ríos diferentes para limpiar las corrientes negativas, y oraciones especiales de un libro forrado en piel que parecía haber sobrevivido a varios incendios.

Comenzó el ritual encendiendo velas negras que, según explicó, absorbían energías oscuras como esponjas espirituales. El humo llenó el consultorio creando ambiente que oscilaba entre místico y asfixiante.

—Quítese la camisa, ordenó con autoridad de médico forense. —El ritual tiene que penetrar directamente su aura para ser efectivo.

Leonardo obedeció, sintiéndose ridículo pero desesperado. El Centauro Negro comenzó a rociarle el polvo de hueso por todo el torso mientras recitaba oraciones que sonaban como latín mezclado con receta de mole poblano.

—¡Que se vayan las tristezas heredadas!, gritaba mientras el polvo gris se pegaba al sudor de Leonardo. —¡Que se rompan los vínculos de soledad ancestral!

Después vino el agua de siete ríos, que el brujo aplicó con aspersiones dramáticas mientras recitaba nombres de santos que sonaban inventados: —¡San Ruperto del Dinero Feliz! ¡Santa Remedios de la Compañía Abundante!

Leonardo aguantó el ritual con estoicismo de mártir, aunque internamente se preguntaba si esto era realmente necesario o si estaba pagando quinientos pesos por ser humillado por un hombre disfrazado de brujo.

La parte más intensa llegó cuando el Centauro Negro sacó una piedra negra del tamaño de huevo de gallina y comenzó a frotarla por toda la cabeza de Leonardo mientras gritaba órdenes directas a las fuerzas sobrenaturales.

—¡Piedra sagrada de obsidiana volcánica, absorbe toda la maldición de este hombre!, vociferaba como si estuviera negociando con entidades cósmicas. —¡Que su dinero traiga alegría en lugar de tristeza! ¡Que su fortuna atraiga compañía en lugar de soledad!

Durante todo el proceso, que duró casi dos horas, Leonardo se sintió como cobayo en experimento de antropología aplicada. El brujo lo untó con aceites que olían a farmacia veterinaria, le aplicó sahumerios con inciensos que lo hicieron toser como fumador empedernido, y le aplicó ungüentos que le dejaron la piel brillante como si hubiera sido barnizada.

—Ahora viene la parte más importante, anunció mientras sacaba el libro de oraciones. —Vamos a romper específicamente la maldición que le dejó su tío.

Abrió el libro en una página quemada y comenzó a recitar palabras que sonaban como amenazas veladas dirigidas al espíritu de Cresencio Luján.

—¡Espíritu de Cresencio, suelta a tu sobrino! ¡Tu soledad ya no es suya! ¡Que tu dinero traiga bendiciones en lugar de cargas!

Las palabras resonaban en el consultorio como eco de caverna, y Leonardo empezó a sentir algo extraño: no exactamente alivio, pero sí una sensación de que algo pesado se estaba liberando de sus hombros.

Finalmente, el Centauro Negro declaró terminado el ritual. Leonardo se vistió sintiéndose pegajoso, aromático, y ligeramente mareado por el humo del incienso.

—El trabajo está hecho, anunció el brujo mientras contaba los quinientos pesos. —En tres días va a empezar a sentir la diferencia. La soledad se va a ir desvaneciendo gradualmente, como fiebre que baja poco a poco.

—¿Y mi familia?, preguntó Leonardo con esperanza.

El Centauro Negro lo miró con expresión que mezclaba compasión con realismo comercial.

—Don Leonardo, le dijo con suavidad, —el ritual quita maldiciones, pero no puede cambiar decisiones que las personas han tomado por voluntad propia. Su esposa se fue porque quiso irse, no porque estuviera embrujada. Lo que sí puedo garantizarle es que ahora va a estar libre para encontrar nueva compañía que lo aprecie por quien es, no por lo que tiene.

Leonardo salió sintiéndose diferente, aunque no estaba seguro de si era por el ritual o por haber gastado quinientos pesos en una experiencia que le había dejado la piel brillante y el alma ligeramente más liviana.

Por primera vez desde que había heredado la fortuna, se sintió como si tal vez la riqueza no tenía que ser sinónimo de soledad. Aunque todavía olía a hueso molido y agua de río dudoso, se sentía más limpio espiritualmente de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Lo que no sabía era que en Catemaco, cuando los brujos prometen que la soledad se va a desvanecer gradualmente, a veces olvidan mencionar que el proceso puede incluir sorpresas que no estaban en el presupuesto original del ritual.

Capítulo 7

El prángana millonario

Leonardo Luján había sido pobre toda su vida con la consistencia de quien practica un arte. A los cuarenta y ocho años, había perfeccionado el talento de no tener dinero hasta convertirlo en especialidad profesional. Vivía en una casa que parecía experimento arquitectónico

fallido: paredes de adobe que se desmoronaban con la regularidad de promesas políticas, techo de lámina que sonaba como tambor durante las lluvias, y un patio donde criaba gallinas que ponían huevos ocasionalmente, como si fuera favor personal.

Su esposa, Catalina Vidal, había desarrollado la habilidad de hacer milagros culinarios con ingredientes inexistentes. Podía preparar caldo de pollo sin pollo, tacos de carnitas sin carne, y frijoles que parecían multiplicarse como los peces y los panes, aunque con menos sabor y más agua.

Los hijos de Leonardo —Leoncio de dieciséis años y Catalinita de catorce — habían crecido acostumbrados a la pobreza como otros niños se acostumbran a tener televisión por cable. Sabían que las vacaciones familiares consistían en caminar por el pueblo, que los regalos de Navidad eran frutas del árbol del patio, y que la palabra —restaurante era un concepto teórico como los unicornios o la honestidad política.

Todo cambió un martes de noviembre cuando llegó el telegrama.

Don Anselmo Carbajal, el telegrafista del pueblo, llegó hasta la casa de Leonardo con cara de quien trae noticias que van a alterar el orden natural del universo. El telegrama venía de Guadalajara y estaba dirigido a —Leonardo Luján, sobrino de Cresencio Luján, fallecido.

—¿Cresencio Luján?, murmuró Leonardo mientras leía el papel amarillo que temblaba en sus manos. —¿Mi tío Cresencio murió?

El telegrama era de un abogado que informaba que Cresencio Luján había fallecido de muerte natural a los ochenta y tres años, y que había dejado toda su fortuna a su único sobrino vivo: Leonardo Luján de Catemaco, Veracruz.

—¿Fortuna?, preguntó Catalina con voz de quien escucha palabras en idioma extranjero.

Leonardo recordaba vagamente a su tío Cresencio, hermano mayor de su padre, que se había ido del pueblo cuando él era niño para —hacer fortuna en la ciudad. La familia perdió contacto con él después de que murieron los padres de Leonardo.

Al día siguiente, Leonardo tomó el primer autobús a Guadalajara con los últimos cincuenta pesos que tenía ahorrados. La oficina del licenciado Norberto Villaescusa quedaba en una zona elegante de Guadalajara que Leonardo nunca había visitado.

—Señor Luján, lo saludó el abogado, un hombre flaco con lentes que le daban aspecto de búho erudito, —lamento informarle del fallecimiento de su tío, pero me da mucho gusto comunicarle los términos de su herencia.

Sacó una carpeta gruesa y comenzó a leer con voz solemne:

—Don Cresencio Luján lega a su sobrino Leonardo Luján la totalidad de sus bienes, que incluyen: el Rancho San Cresencio de mil doscientas hectáreas, ochocientas cabezas de ganado bovino, doscientos caballos, tres casas en Guadalajara, dos edificios de departamentos, y la cantidad

de doce millones cuatrocientos mil pesos depositados en el Banco Nacional de México.

Leonardo se quedó en silencio tanto tiempo que el abogado preguntó si se sentía bien.

—¿Doce millones?, murmuró finalmente con voz de quien ha visto aparición divina.

—Cuatrocientos mil pesos adicionales, confirmó el licenciado Villaescusa con sonrisa de quien da buenas noticias profesionalmente. —Su tío era un hombre muy próspero, aunque bastante reservado con respecto a su familia.

Durante las siguientes tres horas, Leonardo firmó papeles que lo convertían oficialmente en millonario. Salió de la oficina con documentos que probaban que era dueño de más dinero del que había visto en toda su vida sumada.

Cuando llegó a casa y les contó la noticia a Catalina y los niños, la reacción fue de incredulidad seguida de histeria colectiva. Catalina se puso a llorar y a reír al mismo tiempo, como si tuviera cortocircuito emocional.

—Somos ricos, murmuró Leonardo esa noche mientras miraba los documentos extendidos sobre la mesa. —Somos millonarios de verdad.

La noticia se extendió por Catemaco con la velocidad de chisme escandaloso. Para el mediodía del siguiente día, ya había colas de gente frente a la casa de Leonardo: vendedores, prestamistas, y parientes lejanos que súbitamente recordaron vínculos familiares que habían olvidado durante décadas.

Pero la riqueza súbita trajo problemas que Leonardo nunca había imaginado.

Primero llegaron los vendedores profesionales de sueños: agentes de seguros, asesores financieros, promotores de bienes raíces. Después vinieron los amigos nuevos: gente que nunca le había dirigido la palabra pero que súbitamente descubrió que Leonardo era hombre fascinante.

Finalmente llegaron los problemas familiares.

Catalina desarrolló ideas sobre cómo debían vivir ahora que eran ricos. Quería una casa en la capital, vestidos de marca, joyas como las que veía en las telenovelas.

—Leonardo, le decía mientras hojeaba revistas de decoración, —ya no podemos vivir como pobres. La gente rica tiene responsabilidades sociales. Tenemos que mudarnos a un lugar más apropiado para nuestra nueva posición.

Un mes después de recibir la herencia, Catalina anunció que había decidido irse a vivir a la Ciudad de México porque —Catemaco ya no ofrecía las oportunidades educativas y culturales que sus hijos merecían.

—Pero este es nuestro hogar, protestó Leonardo.

—Nuestra vida anterior, corrigió Catalina con firmeza. —Ahora tenemos dinero para vivir mejor. Sería irresponsable no aprovechar las oportunidades que la fortuna nos ha dado.

Se llevó a los niños y se instaló en un departamento caro en la Colonia Roma, dejando a Leonardo solo en Catemaco con su fortuna y una casa que súbitamente parecía demasiado grande y demasiado silenciosa.

Sus amigos de toda la vida también comenzaron a tratarlo diferente. En la cantina de Macedonio García, las conversaciones se volvieron incómodas. Sus compañeros ya no lo invitaban a trabajar porque asumían que un millonario no necesitaba empleos de peón.

—Es raro, comentó Aniceto Morales una tarde, —sigues siendo el mismo Leonardo, pero nosotros ya no sabemos cómo tratarte.

—Tratarme como siempre, respondió Leonardo con tristeza. —No he cambiado.

—Pero tu vida sí cambió, replicó Crescenciano Heredia. —Y cuando la vida de alguien cambia tanto, las amistades también cambian. Es ley natural, como la gravedad o los impuestos.

Seis meses después de recibir la herencia, Leonardo Luján era oficialmente uno de los hombres más ricos de la región y uno de los más solos del mundo. Vivía en una casa llena de muebles nuevos que no había elegido, comía en restaurantes donde lo trataban con deferencia que sentía falsa, y pasaba las noches viendo televisión en una pantalla tan grande que se sentía como estar en cine privado para una sola persona.

La riqueza había llegado a su vida como tornado: destruyendo todo lo que conocía y dejando un paisaje completamente diferente donde nada se veía familiar.

Y fue entonces cuando comenzó a sospechar que tal vez su nueva fortuna no era bendición sino maldición, y que su tío Cresencio le había dejado algo más que dinero: le había heredado una soledad que el dinero no podía comprar pero que venía incluida sin costo adicional.

Capítulo 8

Polvo de hueso y rezos torcidos

Los primeros dos días después del amarre transcurrieron con normalidad desesperante. Conchita se levantaba cada mañana esperando encontrar a Lalo en su puerta con ramo de flores y declaración de amor eterno, pero lo único que encontraba era al gato de la vecina orinando en sus macetas.

El martes, Lalo pasó por la panadería para comprar su pan matutino como siempre, la saludó con la misma cortesía distraída de siempre, y siguió su camino como si nada hubiera cambiado en el universo. Conchita

lo observó alejarse sintiéndose como estafada por fuerzas sobrenaturales.

—Tal vez necesita más tiempo, murmuró su tía Eleuteria mientras amasaba pan con la fuerza de quien ha amasado problemas ajenos durante décadas. —Estas cosas de brujos son como medicinas: tardan en hacer efecto.

Pero el miércoles por la noche, algo cambió.

Conchita estaba cerrando la panadería cuando escuchó música en la calle. No era música normal de radio o fiesta; era música de acordeón mal tocada, como si alguien estuviera torturando al instrumento para extraerle sonidos que remotamente parecieran a —Cielito Lindo.

Salió a ver qué pasaba y se quedó paralizada en la puerta. Ahí estaba Lalo, parado en medio de la calle con un acordeonista que parecía haber aprendido a tocar por correspondencia, intentando cantarle una serenata con voz que sonaba como si hubiera tragado arena.

—Conchita, mi amor, gritó Lalo con los brazos extendidos como actor de teatro amateur, —he venido a declararle mis sentimientos con esta humilde serenata.

El acordeonista parecía tan sorprendido como todos los demás por estar ahí. Sus dedos temblaban sobre las teclas produciendo sonidos que oscilaban entre música folclórica y llanto de animal herido.

Media cuadra se asomó a las ventanas para ver el espectáculo. Los perros del barrio se quedaron en silencio, como si estuvieran presenciando algo que desafiaba las leyes naturales.

—Lalo, murmuró Conchita sin poder creer lo que veía, —¿qué está haciendo?

—Cantándole a la mujer más hermosa del mundo, respondió Lalo con fervor que rayaba en demencia religiosa. —Anoche desperté y me di cuenta de que no puedo vivir sin usted. Es como si una fuerza superior me hubiera abierto los ojos al amor verdadero.

Conchita debería haberse sentido feliz. Era exactamente lo que había visualizado durante el ritual. Pero había algo en la intensidad de la mirada de Lalo que la hizo sentir incómoda, como si estuviera viendo a un hombre poseído en lugar de enamorado.

—Conchita, declaró Lalo tomándole las manos con intensidad de evangelista, —desde anoche no he podido dormir, no he podido comer, no he podido pensar en otra cosa que no sea usted. Es como si mi corazón hubiera despertado de un sueño profundo.

Era romántico, era lo que ella había soñado, pero también era ligeramente aterrador. Los ojos de Lalo brillaban con una intensidad que no parecía completamente normal, como si hubiera tomado demasiadas pastillas para la tos.

Durante la siguiente hora, Lalo le contó cómo había pasado la noche anterior: despertó a las tres de la madrugada con una necesidad urgente e inexplicable de verla, de hablarle, de declararle su amor. Se había quedado hasta el amanecer caminando frente a su casa, debatiéndose entre tocar la puerta o esperar a una hora más decente.

—Es como si algo me hubiera despertado por dentro, explicó mientras gesticulaba como predicador en revival religioso. —Una voz interior que me grita que usted es la mujer de mi vida.

Al día siguiente, la situación se intensificó de manera alarmante.

Lalo apareció en la panadería a las seis de la mañana con un ramo de flores que había arrancado del jardín público, todavía con tierra en las raíces. Las flores estaban marchitas y parecían víctimas de secuestro botánico, pero las presentó como si fueran orquídeas de invernadero.

—Buenos días, mi amor, declaró con sonrisa que ocupaba toda su cara. —Le traje estas flores como símbolo de mi devoción eterna.

—Es que no pude dormir, confesó Lalo con ojos inyectados que confirmaban su declaración. —Me quedé toda la noche pensando en usted, planeando maneras de hacerla feliz, escribiendo poemas.

Sacó del bolsillo una hoja arrugada y comenzó a recitar:

—Conchita, mi amor, eres como el pan dulce y tierna, me das vida sin ti mi corazón se agita como pollo sin sartén.

La métrica era desastrosa, las rimas forzadas, y la lógica poética inexistente, pero Lalo lo recitó con la pasión de Shakespeare interpretando Hamlet.

Durante los siguientes días, el comportamiento de Lalo se volvió progresivamente más intenso. La siguió al mercado, argumentando que quería cargar sus bolsas y protegerla de cualquier peligro. Se apareció en la iglesia durante la misa de ocho, aunque nunca había sido particularmente religioso, porque —quería acompañarla en todas las actividades de su vida.

El sábado por la tarde, Conchita estaba platicando con su prima Lupita en la plaza cuando Lalo apareció con una bolsa de plástico que goteaba líquido sospechoso.

—Mi amor, anunció con orgullo de cazador que regresa con presa, —le traje un regalo especial para demostrar la profundidad de mis sentimientos.

Abrió la bolsa y sacó una cabeza de pescado envuelta en papel periódico. El pescado la miraba con ojo vidrioso que parecía acusar a todos los presentes de complicidad en su muerte.

—Es robalo fresco del lago, explicó Lalo con entusiasmo de chef presentando especialidad de la casa. —Lo pesqué yo mismo esta madrugada pensando en usted.

El problema era que el robalo había estado muerto desde hacía varios días y despedía un aroma que podría usarse como arma química. Varias personas en la plaza comenzaron a alejarse discretamente, y hasta las palomas parecían evitar el área.

—Conchita, ese hombre está completamente loco, murmuró Lupita mientras miraba hacia donde Lalo negociaba con el vendedor de hielos. —Eso no es amor normal. Eso es obsesión de película de terror.

—Pero es exactamente lo que pedí, se defendió Conchita, aunque ella misma empezaba a sospechar que tal vez había sido demasiado específica en sus visualizaciones durante el ritual.

—Niña, cuando pediste un hombre enamorado, no creo que te refieras a un hombre que parece salido de manicomio, replicó Lupita con franqueza brutal. —Ese amarre te salió demasiado fuerte. Es como si en lugar de enamorarlo lo hubieran hechizado.

El domingo por la mañana, la situación llegó al punto crítico.

Conchita despertó y encontró a Lalo sentado en la banqueta frente a su casa, con aspecto de haber pasado ahí toda la noche. Tenía ojeras profundas, ropa arrugada, y una expresión de devoción que rayaba en demencia religiosa.

—Buenos días, mi amor, la saludó con sonrisa que mostraba demasiados dientes. —Estuve toda la noche cuidando su sueño, protegiéndola de cualquier mal que pudiera acecharla en la oscuridad.

—¿Toda la noche?, preguntó Conchita alarmada.

—Desde las ocho de la noche, confirmó Lalo con orgullo de soldado cumpliendo misión patriótica. —No podía irme a casa sabiendo que usted estaba aquí sola, vulnerable a los peligros nocturnos.

Cuando trató de explicarle que no era necesario que durmiera en la calle cuidándola, Lalo la interrumpió con una declaración que helaba la sangre:

—Conchita, mi vida, desde que desperté a la realidad de nuestro amor, no puedo estar lejos de usted ni un momento. Es físicamente imposible. Cuando trato de alejarme, siento como si me estuvieran arrancando el corazón con tenazas. Usted es mi oxígeno, mi razón de existir, mi única conexión con la vida.

En ese momento, Conchita Chimal comprendió la verdad terrible sobre los amarres amorosos: cuando le pides al universo que alguien no pueda vivir sin ti, el universo a veces te toma literalmente.

Y ahora tenía que encontrar la manera de lidiar con un hombre que la amaba con la intensidad de mil soles y la sutileza de un huracán en temporada alta, cortesía del Centauro Negro y sus calzones rojos enterrados en tierra de cementerio.

El amor había llegado a su vida, tal como lo había pedido. El problema era que había llegado en dosis suficientemente alta como para matar un caballo emocional.

Capítulo 9

Libre... y más solo que nunca

Al cabo de una semana, Leonardo efectivamente se sintió más ligero, como si una nube gris que había estado cargando sobre los hombros se hubiera disipado gradualmente. Despertaba con menos pesadez en el pecho, caminaba por la casa sin esa sensación de estar arrastrando cadenas invisibles, y hasta la comida le sabía mejor.

El cambio más notable fue en sus negocios. De repente, las inversiones que había hecho comenzaron a dar frutos como árbol en temporada perfecta. El ganado de su rancho engordó sin explicación aparente, los inquilinos de sus edificios en Guadalajara pagaron rentas atrasadas que llevaban meses debiendo, y hasta la cooperativa de pescadores de Catemaco le pidió préstamo para comprar lanchas nuevas.

—Es increíble, comentó el licenciado Villaescusa durante una llamada telefónica, —sus propiedades se están revalorizando como si tuvieran vida propia. Es como si la fortuna hubiera decidido multiplicarse espontáneamente.

Leonardo sabía que el Centauro Negro tenía razón: la maldición se había roto. Su dinero ya no atraía problemas; ahora atraía más dinero con la eficiencia de imán financiero perfectamente calibrado.

Pero había un problema que el ritual no había resuelto: seguía igual de solo que antes, solo que ahora era un solitario más próspero.

La gente del pueblo había comenzado a tratarlo con una cortesía que rayaba en reverencia religiosa. Don Maximiliano Cortés le guardaba los mejores productos en su tienda. Doña Soledad Quirino le daba descuentos en el mercado sin que él los pidiera. Hasta el padre Abundio lo saludaba con especial deferencia después de la misa dominical.

Pero nadie se acercaba a él como amigo. Lo respetaban, lo admiraban, le tenían cierta envidia sana, pero nadie parecía querer su compañía genuina. Era como si fuera exhibición de museo: importante, valiosa, digna de respeto, pero destinada a ser observada desde lejos.

Sus antiguos amigos de la cantina habían desarrollado una extraña formalidad en su presencia. Ya no le decían —Leonardo o —Leo como toda la vida; ahora era —don Leonardo con tono que sonaba como si estuvieran hablando con autoridad gubernamental.

—Es que ya no sabemos de qué hablar contigo, le confesó finalmente Ladislao Herrera una tarde. —Antes éramos iguales, todos jodidos por parejo. Ahora tú tienes problemas de rico y nosotros seguimos con problemas de pobres. No hay manera de conectar.

Un mes después del ritual, Leonardo recibió una llamada que cambió su perspectiva sobre la soledad.

Era Catalina, su esposa, que llamaba desde la Ciudad de México con voz ligeramente desesperada.

—Leonardo, le dijo sin preámbulos, —creo que cometí un error. La vida en la capital es muy cara, los niños no se adaptan, y yo... yo extraño Catemaco.

Leonardo sintió una mezcla de esperanza y cautela. —¿Quieren regresar?

—Bueno, Catalina hizo una pausa que duró demasiado tiempo, —estaba pensando que tal vez podrías mandarnos más dinero. Con tu nueva situación económica, podrías apoyarnos mejor para que vivamos como corresponde a nuestra nueva posición social.

Leonardo entendió inmediatamente que su esposa no lo extrañaba a él; extrañaba su billetera. No quería regresar a su vida anterior; quería que él financiara una vida nueva para ella y los niños en un lugar donde él no estuviera incluido.

Después de colgar, Leonardo se sentó en su sala llena de muebles caros que no había elegido y entendió una verdad amarga: su familia no lo había abandonado por la maldición de su tío. Lo habían abandonado porque el dinero les había dado la oportunidad de vivir sin él, y habían descubierto que preferían esa opción.

Sus negocios prosperaron durante los siguientes meses como si tuvieran vida propia. El rancho se convirtió en el más productivo de la región. Sus propiedades en Guadalajara se revalorizaron espectacularmente. Incluso recibió ofertas para invertir en proyectos que parecían garantizar ganancias astronómicas.

Pero cada éxito financiero lo alejaba más de la posibilidad de compañía genuina. La gente que se acercaba a él ahora tenía motivos claros: querían trabajo, préstamos, inversiones, asociaciones comerciales. Nadie parecía querer simplemente su amistad.

Un día, mientras revisaba estados financieros que mostraban ganancias que habrían sido impensables un año antes, Leonardo llegó a una conclusión que lo sorprendió por su simplicidad: tal vez el verdadero maleficio no había sido obra de su tío Cresencio, sino de la propia vida, que le había dado riqueza a cambio de compañía.

El Centauro Negro le había hecho el mejor trabajo posible: le había mostrado que el dinero no era el problema. El problema era que Leonardo había llegado a esa edad donde la mayoría de las amistades ya están establecidas, donde hacer conexiones nuevas y genuinas requiere tiempo, paciencia, y la disposición de ser vulnerable en maneras que el dinero no puede comprar ni proteger.

Esa comprensión no lo hizo menos solo, pero sí lo hizo menos amargado. Por primera vez desde que había heredado la fortuna, Leonardo aceptó que tal vez la soledad no era castigo sino consecuencia natural de haber recibido algo que la mayoría de la gente nunca tendría.

Comenzó a explorar maneras de usar su riqueza que pudieran crear conexiones genuinas sin las complicaciones de la diferencia económica. Se ofreció como patrocinador anónimo de eventos comunitarios. Financió mejoras al parque municipal sin poner su nombre en placas conmemorativas. Ayudó a familias necesitadas a través de intermediarios que protegían su identidad.

Poco a poco, Leonardo desarrolló una rutina de filantropía discreta que le daba propósito sin crear las dinámicas incómodas de la caridad directa. No resolvía su soledad, pero le daba significado a su fortuna.

Una tarde, mientras bebía café en la cantina de Macedonio García, se dio cuenta de que había aprendido algo valioso: en Catemaco, como en cualquier lugar del mundo, la verdadera riqueza no es tener dinero suficiente para comprar compañía, sino tener la sabiduría para entender que la compañía genuina no se puede comprar.

El dinero no había comprado su felicidad, pero al menos ahora sabía que la infelicidad no era culpa de maldiciones ancestrales sino de las complicaciones naturales de vivir en un mundo donde la diferencia económica crea distancias que ningún brujo puede eliminar con polvo de hueso y agua de siete ríos.

Capítulo 10

El hombre de la protección

Sofía Sánchez había vendido frutas en el mercado municipal desde que tenía catorce años y dientes de leche rezagados. Ahora, a los cuarenta y dos, su puesto era una institución local tan establecida como la iglesia o la cantina de Macedonio García: todo el mundo sabía dónde encontrarla, qué esperaba de ella, y que sus mandarinas eran las más dulces de tres municipios a la redonda.

Su puesto ocupaba el rincón noreste del mercado, estratégicamente ubicado entre la carnicería de Evaristo Contreras y la verdulería de doña Candelaria Ruiz. Era un territorio que había defendido durante décadas contra vendedores ambulantes, inspectores municipales con delirios de grandeza, y competencia desleal de supermercados que vendían fruta importada sin alma ni sabor local.

La especialidad de Sofía eran las mandarinas que compraba directamente a productores de la sierra, guayabas que seleccionaba personalmente por su aroma, y piñas que sabía elegir por el sonido que hacían cuando las golpeaba con los nudillos. Tenía ese don natural para identificar fruta perfecta que solo desarrollan quienes han pasado décadas tocando, oliendo, y evaluando productos como si fueran joyas comestibles.

Además de la calidad de su mercancía, Sofía era famosa por el —pilón: esa costumbre mexicana de agregar algo extra a la compra que convierte el comercio en acto de generosidad mutua. Si alguien le

compraba un kilo de naranjas, ella agregaba dos o tres más —para que estén completas. Si compraban piña, les daba tajadas de muestra —para que vean que está dulce.

—Es que no puedo evitarlo, le explicaba a su comadre Esperanza Aguirre cuando ésta le reclamaba por ser tan generosa. —Cuando veo que alguien se va contento con mi fruta, me da más gusto que vender caro y dejar al cliente con cara de limón.

Su clientela era una mezcla democrática de amas de casa que conocían el precio justo de cada fruta, restauranteros que buscaban calidad constante, y turistas ocasionales que pagaban precios de ciudad pero recibían calidad de mercado local. Sofía los trataba a todos con la misma cortesía eficiente, aunque reservaba sus mejores pilones para los clientes que conocía desde que eran niños.

Durante veintiocho años, esta rutina había funcionado como reloj suizo. Sofía conocía a todos los vendedores del mercado, todos los inspectores municipales, todos los clientes regulares, y todos los problemas normales que acompañan al comercio de fruta fresca: la competencia ocasional, los proveedores impuntuales, las temporadas malas, y los clientes que regatean como si estuvieran comprando automóvil usado.

Pero últimamente había aparecido un problema nuevo, un problema que no tenía que ver con la calidad de su fruta o la competencia comercial.

El problema tenía nombre y apellido: Gumersindo Palafox, aunque él prefería que le dijeran —el Güero, un apodo que había ganado no por su color de piel —que era más bien moreno curtido— sino por su costumbre de vestir camisas blancas impecablemente limpias.

Gumersindo era un hombre corpulento de unos cincuenta años, con panza que hablaba de cervezas abundantes y comidas generosas. Tenía cara de luna llena con bigote que parecía cepillo para limpiar zapatos, brazos como troncos de árbol, y esa manera de caminar que ocupaba más espacio del que técnicamente necesitaba, como si fuera tanque humano navegando por terreno civil.

Lo más distintivo de Gumersindo, además de su físico imponente, era el machete que llevaba siempre al cinto. No era machete de trabajo agrícola sino machete ornamental, con mango tallado y hoja que brillaba como espejo. Lo llevaba como otros hombres llevan relojes caros: como símbolo de estatus y advertencia discreta.

Había aparecido en el mercado municipal tres meses atrás, presentándose como —consultor en seguridad comercial. Su propuesta era simple y directa: por una cuota semanal módica, él se encargaría de que ningún comerciante tuviera problemas con ladrones, vándalos, inspectores corruptos, o competencia desleal.

—Es un servicio profesional, explicaba con voz que sonaba como motor de camión en ralentí. —Ustedes se dedican a vender, yo me dedico a proteger. Todos contentos, todos seguros, todos prósperos.

La mayoría de los comerciantes del mercado habían aceptado el arreglo después de escuchar algunas anécdotas sobre lo que había pasado en otros mercados donde los vendedores habían rechazado servicios de protección similares. Las historias eran vagas pero inquietantes: puestos vandalizados durante la noche, mercancía misteriosa robada, inspecciones municipales súbitas que encontraban violaciones que nunca habían existido antes.

Don Evaristo Contreras, el carnicero, había sido el primero en aceptar el trato. —Prefiero pagar seguro voluntario que arriesgarme a pagar consecuencias involuntarias, había comentado con filosofía práctica de comerciante experimentado.

Doña Candelaria Ruiz había seguido el ejemplo después de encontrar una mañana que su puesto había sido —accidentalmente rociado con insecticida durante una fumigación nocturna que nadie había autorizado.

Uno por uno, todos los comerciantes del mercado habían llegado a acuerdos con Gumersindo. Todos excepto Sofía.

—No voy a pagarle protección a nadie, había declarado con la testarudez que caracterizaba a las mujeres que han sobrevivido décadas en el comercio competitivo. —He trabajado aquí veintiocho años sin necesitar guardaespaldas. No voy a empezar ahora.

Gumersindo había recibido su negativa con sonrisa que no llegaba a los ojos. —Doña Sofía, respeto su independencia, pero el mundo está cambiando. Ya no es seguro trabajar sin protección profesional. Piénselo bien.

—Ya lo pensé, había respondido Sofía con firmeza. —Mi respuesta es no.

Desde entonces, las visitas de Gumersindo se habían vuelto más frecuentes y sus —consejos de seguridad más específicos. Llegaba al puesto de Sofía cada martes por la mañana, siempre a la misma hora, siempre con la misma sonrisa amenazante, siempre con el mismo machete brillando al sol.

—Buenos días, doña Sofía, la saludaba con cortesía exagerada. —¿Cómo van las ventas? Espero que no haya tenido problemas de seguridad.

—Ningún problema, respondía Sofía mientras seguía acomodando fruta, tratando de no mostrar la tensión que sentía.

—Me da mucho gusto saberlo, continuaba él mientras examinaba las mandarinas como si fuera inspector de calidad. —Aunque he sabido que últimamente hay mucha delincuencia en la zona. Robos, vandalismo, ese tipo de cosas que pueden arruinar un negocio en una sola noche.

Las conversaciones siempre seguían el mismo patrón: Gumersindo describía peligros hipotéticos con detalles que sonaban más a planes que a advertencias, Sofía mantenía su negativa educada pero firme, y él se retiraba con promesa de regresar la siguiente semana para —verificar que todo siguiera bien.

La presión psicológica había comenzado a afectar no solo a Sofía sino a todo su negocio. Los clientes notaban la tensión durante las visitas de Gumersindo. Las conversaciones se volvían susurradas, las sonrisas forzadas, y el ambiente general del puesto cambiaba de acogedor a incómodo.

—Sofía, le había dicho su comadre Esperanza después de presenciar una de las visitas, —ese hombre no está jugando. Si no pagas, te hacen la vida imposible hasta que cedas o te vas.

—No me voy a ir, había respondido Sofía con determinación que sonaba más convincente de lo que se sentía. —Este puesto es mi vida. No voy a dejarlo por un matón con machete de juguete.

Pero internamente, Sofía sabía que estaba en una situación que se deterioraba progresivamente. No podía recurrir a la policía porque técnicamente Gumersindo no había hecho nada ilegal: no la había amenazado directamente, no había dañado su propiedad, no había interferido físicamente con su negocio. Solo había ofrecido un servicio y expresado preocupación por su seguridad.

Además, en un pueblo como Catemaco, donde todo el mundo conoce a todo el mundo, acusar a alguien sin pruebas concretas podía crear problemas sociales que durarían años. Gumersindo no era forastero; era primo de la esposa del tesorero municipal y ahijado de doña Remedios Paniagua.

La situación llegó al punto crítico un martes por la mañana cuando Gumersindo llegó con una propuesta renovada.

—Doña Sofía, le dijo mientras se apoyaba en el mostrador con familiaridad que no había sido invitada, —he estado pensando en su situación. Como es usted una comerciante respetada y con muchos años de experiencia, le voy a hacer una oferta especial: cuota reducida de doscientos pesos semanales en lugar de los trescientos que cobro normalmente.

—Ya le dije que no, respondió Sofía tratando de mantener la firmeza en la voz.

—Lo sé, lo sé, murmuró Gumersindo con paciencia exagerada, —pero es que me preocupa su bienestar. Ayer mismo me enteré de que van a empezar las fumigaciones nocturnas del mercado. Hay que cuidar que no rocíen accidentalmente la fruta, ¿verdad? Sería una lástima que toda su mercancía se echara a perder por un error de los fumigadores.

Era la primera amenaza específica que había hecho, disfrazada de preocupación amistosa pero clara en su intención. Sofía entendió que había llegado el momento de buscar ayuda profesional.

Esa noche, mientras cerraba el puesto y calculaba cuánto tiempo podría resistir antes de que Gumersindo decidiera pasar de amenazas veladas a acciones concretas, recordó la conversación que había tenido con su vecina de puesto, doña Mari Valdivia.

—Mira, Sofía, le había dicho doña Mari con tono conspiratorio, —si ese hombre ve que tu fruta está bendita, se va a espantar. Los matones no se meten con gente que tiene protección espiritual. Es como seguro sobrenatural.

La idea le había parecido ridícula en ese momento, pero ahora, después de la amenaza apenas disimulada de Gumersindo, comenzaba a sonar como opción viable. Después de todo, si los métodos racionales no funcionaban contra un problema irracional, tal vez era hora de probar métodos irracionales contra un problema racional.

Sofía cerró su puesto esa noche con la decisión tomada: al día siguiente visitaría al Centauro Negro para conseguir una bendición que protegiera su fruta y, con suerte, espantara a Gumersindo Palafox antes de que decidiera demostrar que su machete no era solo ornamental.

Capítulo 11

Mandarina santificada

Un miércoles por la tarde, Sofía llegó al consultorio cargando una canasta de mimbre llena de sus mejores frutas como si fuera ofrenda para deidad particularmente exigente. Había seleccionado personalmente cada pieza: mandarinas perfectas sin golpes ni manchas, guayabas aromáticas que olían a paraíso tropical, piñas doradas que sonaban como instrumentos musicales cuando las golpeaba con los nudillos.

El Centauro Negro la recibió con la solemnidad de sacerdote que va a oficiar ceremonia sagrada, aunque sus ojos brillaron con interés comercial cuando vio la calidad de la fruta.

—Doña Sofía, la saludó con reverencia teatral, —las energías me dijeron que vendría una mujer valiente enfrentando fuerzas oscuras que amenazan su sustento.

Sofía se sorprendió por la precisión del diagnóstico, sin saber que doña Mari Valdivia era sobrina política del brujo.

—Es cierto, admitió mientras colocaba la canasta sobre la mesa. —Hay un hombre que me está presionando para que le pague protección, y yo no quiero ceder. Doña Mari me dijo que usted podía bendecir mi fruta para que ese tipo se espante y me deje en paz.

El brujo examinó la fruta con apreciación de experto, tocando cada pieza como si fuera evaluando su potencial espiritual además de su calidad comercial.

—Excelente selección, murmuró mientras levantaba una mandarina hacia la luz. —La fruta fresca es muy receptiva a las bendiciones. Absorbe energía positiva como esponja espiritual, y después proyecta esa protección hacia quien la posee.

Comenzó a organizar el ritual con la precisión de chef preparando banquete. Cubrió la mesa con un mantel bordado de estrellas, encendió

velas blancas que simbolizaban pureza y protección divina, y sacó una serie de frascos con aceites que olían a mezcla entre farmacia y jardín botánico.

—Este aceite, le explicó mientras mostraba una botella que contenía líquido dorado, —está hecho con pétalos de buganvilia recogidos al amanecer, aceite de oliva bendecido en el Vaticano, y agua de lluvia de tormenta eléctrica. Cada ingrediente tiene propiedades específicas para repeler energías negativas y atraer protección celestial.

Comenzó el ritual colocando cada fruta sobre el mantel estrellado mientras recitaba oraciones que sonaban como mezcla entre padre nuestro y receta de ensalada de frutas celestial. Sus manos se movían sobre las frutas en patrones que parecían coreografía sagrada.

—Benditas sean estas mandarinas, declaró con voz solemne mientras rociaba las frutas cítricas con aceite dorado, —que den dulzura a quien las coma y amargura a quien quiera dañar a su dueña.

Las mandarinas brillaron bajo la luz de las velas como si hubieran sido barnizadas con protección divina.

—Santificadas sean estas guayabas, continuó mientras ungía las frutas aromáticas, —que su aroma atraiga bendiciones y su sabor ahuyente malas intenciones.

Las guayabas adquirieron un resplandor sobrenatural que podría atribuirse a los aceites o a la intervención divina, dependiendo del nivel de fe del observador.

La ceremonia se intensificó cuando el Centauro Negro comenzó a trabajar con las piñas. Las levantó una por una mientras recitaba conjuros que incluían referencias a santos que sonaban inventados en el momento.

—¡San Ananás del Comercio Próspero!, gritó mientras rociaba una piña con agua bendita, —¡protege a esta mujer trabajadora de quienes quieren aprovecharse de su esfuerzo honesto!

—¡Santa Dulcinea de la Fruta Sagrada!, continuó con fervor religioso mientras marcaba cada piña con una cruz hecha de sal marina, —¡que estas piñas sean escudo contra la extorsión y la maldad!

La parte más elaborada del ritual llegó cuando el brujo comenzó a trabajar con las papayas. Las colocó en el centro de la mesa como si fueran centro de altar y comenzó a recitar oraciones en lo que parecía latín mezclado con náhuatl.

—Estas papayas, declaró con solemnidad de papa bendiciendo reliquia sagrada, —van a ser el centro de su protección espiritual. Deben estar siempre en su puesto, como guardianes de fruta que ahuyentan malas vibras y atraen clientes honestos.

Marcó cada papaya con aceite santo mientras murmuraba nombres de santos protectores que incluían a San Silverio del Comercio Justo, Santa

Esperanza de las Ventas Abundantes, y San Gumersindo del Respeto Comercial.

—Ahora viene la parte más importante, anunció mientras sacaba un incensario que parecía haber sido robado de iglesia colonial. —Vamos a pasarle el sahumerio a toda la fruta para sellar la bendición con humo sagrado.

Encendió copal que llenó el consultorio de humo espeso mientras caminaba alrededor de la mesa recitando oraciones que sonaban como amenazas veladas dirigidas a cualquiera que quisiera molestar a Sofía.

—¡Que todo mal se aleje de estas frutas benditas!, gritaba mientras el humo creaba una atmósfera que oscilaba entre mística y asfixiante. —¡Que quienes vengan con malas intenciones sientan el poder de la protección divina y se retiren derrotados!

El ritual duró casi dos horas, durante las cuales cada fruta fue individual y exhaustivamente bendecida, ungida, sahumerio, y marcada con símbolos sagrados que parecían mezclarse entre católicos, prehispánicos, y algunos que el Centauro Negro aparentemente había inventado para la ocasión.

—El trabajo está terminado, anunció finalmente mientras contaba los cuatrocientos pesos que Sofía había pagado. —Su fruta está protegida por fuerzas que ningún matón terrenal puede vencer. Cuando ese hombre vea la energía espiritual que rodea su puesto, va a entender que usted tiene protección más poderosa que cualquier machete.

Sofía salió cargando su canasta de fruta bendita con sensación de estar transportando arsenal sobrenatural. Las frutas olían a aceites sagrados, brillaban con ungüentos místicos, y parecían irradiar una energía que podría ser divina o simplemente el efecto de dos horas de ceremonia religiosa intensiva.

Al día siguiente, organizó su puesto con cuidado especial, colocando las frutas benditas en posiciones prominentes donde cualquier visitante pudiera ver su resplandor sobrenatural. Las mandarinas santificadas ocuparon el frente del mostrador como guardia de honor comestible. Las guayabas consagradas se distribuyeron estratégicamente por todo el puesto como centinelas aromáticos. Las piñas benditas se colocaron en las esquinas como torres de vigilancia tropical. Y las papayas sagradas se ubicaron en el centro como comandantes supremos de la defensa espiritual.

Los clientes regulares notaron inmediatamente que algo había cambiado. La fruta brillaba más de lo normal, olía a mezcla de paraíso tropical y santidad, y parecía tener una calidad que trascendía lo meramente comercial.

—Sofía, le preguntó doña Esperanza Aguirre mientras compraba naranjas, —¿qué le hiciste a la fruta? Se ve diferente, como más... sagrada.

—Es que las mandé bendecir, explicó Sofía con orgullo, —para protección contra malas energías y gente con malas intenciones.

La noticia de que Sofía había bendecido su fruta se extendió por el mercado más rápido que chisme escandalizó. Los vendedores vecinos vinieron a ver las frutas santificadas con curiosidad que oscilaba entre respeto religioso y diversión comercial.

La verdadera prueba de la efectividad de las bendiciones llegaría al día siguiente, cuando Gumersindo Palafox hiciera su visita semanal para cobrar protección que Sofía seguía negándose a pagar.

Capítulo 12

El protegido de la Virgen... y del machete

El martes siguiente, Gumersindo Palafox llegó al puesto de Sofía con su puntualidad habitual de cobrador profesional, pero esta vez algo era diferente. Desde que puso pie en el área del mercado, comenzó a sentir una extraña inquietud que no podía explicar racionalmente.

El puesto de Sofía irradiaba una energía que era imposible de ignorar. Las frutas brillaban con un resplandor que parecía venir de adentro, como si cada mandarina fuera lámpara natural y cada piña fuera faro tropical. El aroma que emanaba de la mercancía era diferente: ya no solo olía a fruta fresca sino a mezcla entre paraíso terrenal y santidad concentrada.

—Buenos días, doña Sofía, saludó Gumersindo con su cortesía amenazante habitual, pero había algo vacilante en su voz, como si las palabras se le resistieran un poco.

—Buenos días, respondió Sofía con confianza renovada, notando inmediatamente que algo había cambiado en la dinámica. Gumersindo parecía menos imponente, como si su presencia hubiera perdido parte de su fuerza intimidatoria.

—Veo que tiene fruta muy... especial hoy, comentó Gumersindo mientras examinaba las mandarinas benditas, sin atreverse a tocarlas directamente. —Se ven diferentes. ¿De dónde las trajo?

—Son las mismas de siempre, respondió Sofía mientras acomodaba las guayabas consagradas, —solo que ahora están bendecidas para protección contra malas energías y gente con malas intenciones.

La palabra —bendecidas cayó en el aire entre ellos como piedra en agua tranquila, creando ondas de incomodidad que se extendieron por toda el área del puesto. Gumersindo se quedó en silencio por un momento, como si estuviera procesando información que no sabía cómo manejar.

—¿Bendecidas?, preguntó finalmente, con tono que trataba de sonar casual pero que no lograba disimular una nota de preocupación.

—Sí, confirmó Sofía con orgullo que rayaba en desafío, —por el Centauro Negro. Dijo que mi fruta ahora tiene protección divina contra cualquiera que quiera hacerme daño a mí o a mi negocio.

Gumersindo dio un paso atrás instintivamente, como si las frutas hubieran desarrollado capacidad de morder. En su mente, educada en supersticiones rurales y respeto ancestral por fuerzas que no entendía, la palabra —protección divina activó alarmas que su machete ornamental no podía silenciar.

—Bueno, murmuró mientras observaba las piñas santificadas que parecían observarlo de vuelta, —eso está muy bien. Siempre es bueno tener... protección espiritual.

Pero cuando trató de continuar con su rutina habitual de intimidación sutil, las palabras se le atragantaron en la garganta como si hubiera tragado arena. Cada vez que miraba directamente las frutas benditas, sentía una presión en el pecho que no podía explicar, como si algo invisible le estuviera apretando las costillas.

—En cuanto al tema de la protección que le ofrezco, comenzó, pero su voz sonaba menos convincente que de costumbre, —tal vez deberíamos... reconsiderar los términos del acuerdo.

—¿Qué términos?, preguntó Sofía con inocencia que no engañaba a nadie. —Yo nunca acepté ningún acuerdo.

Gumersindo se quedó parado frente al puesto durante varios minutos, sudando más de lo que justificaba el clima tropical. Sus ojos se movían nerviosamente entre las frutas benditas y la cara de Sofía, como si estuviera calculando probabilidades en una ecuación que incluía variables sobrenaturales.

—Mire, doña Sofía, dijo finalmente con voz que había perdido toda su autoridad anterior, —tal vez me he expresado mal en visitas anteriores. No es que usted necesite protección obligatoriamente. Es solo que... bueno... uno nunca sabe qué puede pasar.

Era la primera vez que Gumersindo mostraba incertidumbre, y Sofía lo notó inmediatamente. Las frutas benditas estaban funcionando mejor de lo que había esperado.

—Tiene razón, respondió Sofía con sonrisa que era pura miel venenosa, —uno nunca sabe qué puede pasar. Por eso mandé bendecir mi fruta. Para protección contra cualquier tipo de maldad que pueda aparecer.

Gumersindo trató de recuperar su compostura intimidatoria, pero cada vez que veía las papayas sagradas ubicadas estratégicamente en el centro del puesto, sentía como si algo invisible le estuviera tocando el hombro con insistencia molesta.

—Bueno, murmuró mientras comenzaba a retroceder, —me da mucho gusto saber que tiene usted... protección adecuada. Voy a seguir mi ronda por el mercado.

Se alejó del puesto de Sofía con pasos que eran notablemente más rápidos que su caminata habitual de tanque humano. Por primera vez en meses, había terminado una visita sin mencionar cuotas, sin hacer referencias veladas a peligros futuros, y sin proyectar esa aura de amenaza que había perfeccionado durante años de extorsión profesional.

Sofía observó su retirada con satisfacción que rayaba en triunfo. Las bendiciones del Centauro Negro habían funcionado espectacularmente. Gumersindo había llegado como matón seguro de sí mismo y se había ido como hombre confundido que acababa de descubrir que hay fuerzas en el mundo que su machete no puede cortar.

La noticia de la victoria de Sofía se extendió por el mercado con la velocidad de chisme jugoso. Los vendedores que habían estado pagando protección a Gumersindo observaron su retirada precipitada con mezcla de asombro y envidia.

Durante los siguientes días, Gumersindo no volvió al puesto de Sofía. Sus visitas semanales, que habían sido tan regulares como el cobro de impuestos, simplemente se detuvieron. Cuando pasaba por el área del mercado donde estaba ubicado el negocio de Sofía, tomaba rutas alternas que lo mantenían a distancia prudencial de las frutas benditas.

Los otros comerciantes comenzaron a notar que Gumersindo parecía haber perdido parte de su autoridad intimidatoria general. Sus visitas a otros puestos se volvieron menos agresivas, sus —sugerencias de seguridad menos específicas, y su presencia general menos imponente.

Pero la verdadera prueba de la efectividad de las bendiciones llegó una semana después, cuando apareció un hombre que nadie había visto antes en el mercado.

Era alto, moreno, con aspecto de quien hace ejercicio regularmente y cara de pocos amigos que se habían vuelto aún menos después de conocerlo mejor. Vestía jeans, camisa blanca, y llevaba una cadena de oro que brillaba como advertencia.

Se acercó al puesto de Sofía con paso decidido y sonrisa que no llegaba a los ojos.

—¿Usted es Sofía Sánchez?, preguntó con voz que sonaba como motor de motocicleta en ralentí.

—Para servirle, respondió Sofía, inmediatamente alerta ante la presencia de otro posible extorsionista.

—Me llamo Rutilio Grajales, se presentó el hombre mientras examinaba las frutas con interés que no parecía comercial, —soy primo de Gumersindo Palafox. Me pidió que viniera a hablar con usted.

Sofía sintió como si le hubieran echado agua helada en las venas. Aparentemente, Gumersindo había decidido mandar refuerzos en lugar de enfrentar personalmente las frutas benditas.

—¿Qué necesita?, preguntó Sofía tratando de mantener la calma mientras mentalmente calculaba si las bendiciones del Centauro Negro cubrían parientes de extorsionistas originales.

Rutilio la miró fijamente durante un momento que se sintió como eternidad incómoda. Después, para sorpresa total de Sofía, sonrió con genuina diversión.

—Necesito comprar dos kilos de mandarinas, dijo mientras sacaba billetes de la cartera, —mi primo me dijo que usted tiene la fruta más dulce del mercado y que está... especialmente protegida.

Sofía lo miró con confusión total. —¿Solo quiere comprar fruta?

—Solo quiere comprar fruta, confirmó Rutilio mientras seleccionaba mandarinas con cuidado de experto, —y pedirle perdón en nombre de mi primo, que se portó muy mal con usted. Gumersindo me dijo que había entendido que usted tiene protección muy poderosa y que él no quiere problemas con fuerzas que no entiende.

Mientras pagaba por las mandarinas, Rutilio se inclinó hacia Sofía y le susurró con voz conspiratoria: —Entre usted y yo, doña Sofía, mi primo es muy bragado con gente normal, pero le tiene terror a la brujería. Su abuela lo crio con muchas historias de aparecidos y maldiciones. Cuando supo que había mandado bendecir su fruta específicamente contra él, se asustó tanto que no ha dormido bien en una semana.

Se alejó del puesto riéndose suavemente mientras pelaba una mandarina bendita, dejando a Sofía con la comprensión gradual de que había ganado una guerra psicológica que ni siquiera sabía que estaba peleando.

Esa noche, mientras cerraba su puesto y contemplaba sus frutas sagradas que habían demostrado ser más efectivas que cualquier sistema de seguridad convencional, Sofía reflexionó sobre el poder de la fe combinada con superstición local.

El Centauro Negro había tenido razón: cuando un matón ve que su víctima potencial tiene protección divina, especialmente si ese matón fue criado por abuela que creía en santos y demonios por igual, la intimidación se vuelve imposible.

Las frutas benditas habían funcionado perfectamente, aunque Sofía sospechaba que su efectividad tenía menos que ver con intervención divina y más que ver con el hecho de que en un pueblo como Catemaco, donde la línea entre lo natural y lo sobrenatural es más sugerencia que regla, hasta los matones profesionales prefieren no meterse con fuerzas que no pueden cortar con machete.

Capítulo 13

El demonio en vestido rosa

Felicia Dorantes tenía nueve años, trenzas perfectamente alisadas que su tía Charito peinaba todas las mañanas con la precisión de sargento preparando soldados para desfile, y una colección de vestidos almidonados que crujían cuando caminaba como si estuviera envuelta en papel celofán rosado. Era el tipo de niña que aparece en postales de Día de las Madres: angelical, bien portada, y con esa sonrisa que sugiere que nunca ha dicho una mentira ni ha pensado un pensamiento impuro.

Al menos, esa había sido Felicia hasta hace tres semanas.

La transformación había comenzado un lunes por la mañana cuando Felicia despertó hablando en lo que parecía idioma extranjero pero que no correspondía a ninguna lengua conocida por su tía Charito Dorantes, una mujer de sesenta años que había criado a la niña desde que sus padres murieron en accidente de tránsito cuando ella tenía cinco años.

—Buenos días, tía, había dicho Felicia esa mañana, pero las palabras habían salido como —Skrulak mor'tugak, zhaetha, con entonación que sonaba vagamente amenazante.

Charito, que había estado preparando chocolate caliente en la cocina, se volteó con expresión de quien acaba de escuchar algo que desafía toda lógica conocida.

—¿Qué dijiste, niña?

—Dije buenos días, respondió Felicia con perfecta normalidad, pero cuando abrió la boca para repetir el saludo, otra vez salieron sonidos que parecían conjuro demoníaco pronunciado por alguien con problemas de dicción.

Durante los siguientes días, el comportamiento de Felicia se volvió progresivamente más extraño. Empezó a tirar cubiertos al suelo durante las comidas, pero no por accidente o berrinche infantil, sino con precisión deliberada que sugería propósito oculto. Los tenedores caían con sonidos metálicos que resonaban por toda la casa como campanadas siniestras.

Después comenzó a caminar por la casa de manera extraña, como si estuviera buscando algo específico pero no recordara exactamente qué. Se la encontraba parada en rincones oscuros, mirando fijamente paredes como si pudiera ver a través de ellas. Cuando Charito le preguntaba qué hacía, Felicia respondía cosas como —estoy esperando o —viene alguien, pero nunca podía explicar a quién esperaba o quién venía.

Lo más inquietante era su nueva costumbre de morder el aire cuando estaba molesta. No mordía a personas o cosas reales, sino que abría la boca y cerraba los dientes con fuerza, como si estuviera tratando de morder algo invisible que la rodeaba. El sonido de sus dientes chocando resonaba por la casa como castañeteo amenazante.

—Felicia, ¿por qué muerdes el aire?, le preguntó Charito una tarde.

—No muerdo el aire, respondió Felicia con lógica aplastante, —muerdo lo que está en el aire.

—¿Qué está en el aire?

—Las cosas que no puedes ver, explicó Felicia como si estuviera hablando con adulto particularmente lento, —pero que están ahí de todas maneras.

Charito había criado a Felicia con amor pero también con disciplina firme. Era mujer práctica que había trabajado como costurera durante cuarenta años, que sabía coser cualquier cosa desde vestidos de novia hasta cortinas de sala, y que no tenía paciencia para tonterías infantiles o comportamientos que desafiaran el orden doméstico establecido.

Pero esto era diferente. Felicia no estaba siendo traviesa o buscando atención. Parecía genuinamente ajena a sus propios comportamientos extraños, como si otra persona estuviera controlando sus acciones mientras ella observaba desde adentro con la misma confusión que su tía.

La gota que derramó el vaso llegó un sábado por la noche cuando Charito despertó a las tres de la madrugada escuchando risas que venían de la habitación de Felicia. No eran risas normales de niña divertida; eran carcajadas que sonaban demasiado profundas, demasiado adultas, y demasiado malévolas para salir de garganta de niña de nueve años.

Charito se levantó y caminó hacia la habitación de Felicia con precaución de quien se acerca a animal salvaje potencialmente peligroso. Cuando abrió la puerta, encontró a la niña sentada en su cama, riéndose hacia el techo como si estuviera viendo espectáculo cómico invisible.

—Felicia, ¿qué te da tanta risa?

La niña se volteó hacia ella con sonrisa que era demasiado amplia para su cara, mostrando todos los dientes como si fuera mueca más que expresión genuina de alegría.

—Me cuenta chistes, respondió Felicia con voz que sonaba normal pero de alguna manera siniestra.

—¿Quién te cuenta chistes?

—El hombre del techo, explicó Felicia señalando hacia arriba como si fuera evidente, —es muy gracioso. Dice cosas sobre ti que no sabías que sabía.

Charito miró hacia el techo y no vio nada excepto las vigas de madera que había estado viendo durante los quince años que llevaba viviendo en esa casa. Pero cuando bajó la mirada hacia Felicia, la niña seguía riéndose y conversando con algo que claramente podía ver pero que su tía no podía.

Esa noche, Charito no pudo volver a dormir. Se quedó despierta hasta el amanecer escuchando las conversaciones susurradas que Felicia mantenía con su visitante invisible, preguntándose si estaba presenciando travesura infantil muy elaborada o algo que requería intervención de autoridades espirituales calificadas.

Al día siguiente, domingo, llevó a Felicia a misa matutina con la esperanza de que la exposición a ambiente sagrado pudiera mejorar su

comportamiento. El padre Abundio Salinas era hombre comprensivo que había visto muchas situaciones extrañas durante sus veinte años ministrando en Catemaco.

Pero la reacción de Felicia a la iglesia fue lo que convenció definitivamente a Charito de que el problema de su sobrina trascendía las travesuras infantiles normales.

Tan pronto como entraron al templo, Felicia comenzó a inquietarse como si algo la estuviera picando. Se retorcía en la banca, se rascaba compulsivamente, y hacía muecas de incomodidad que intensificaban cada vez que el padre Abundio mencionaba palabras como —bendición, —sagrado, o —divino.

Durante el momento de elevar la hostia, Felicia se puso rígida como tabla y comenzó a temblar visiblemente. Sus ojos se pusieron en blanco mostrando solo la parte blanca, y empezó a murmurar palabras en ese idioma incomprensible que había estado usando desde hace semanas.

—Grythaak nem'oroth, skulven thaagor, murmuraba con voz que sonaba como si viniera de pozo profundo, —malthuven krosstok, yethaal grimmok.

Media iglesia se volteó para ver qué pasaba. Doña Remedios Paniagua se persignó dramáticamente. Don Tiburcio Coromina murmuró algo sobre —los últimos tiempos. Hasta el padre Abundio interrumpió la misa para preguntar si todo estaba bien.

—Sí, padre, respondió Charito con voz temblorosa, —solo que mi sobrina se siente un poco mal.

Pero cuando trató de sacar a Felicia de la iglesia, la niña se aferró a la banca con fuerza sobrehumana, como si algo invisible la estuviera sujetando al asiento. Sus pequeñas manos se clavaron en la madera con intensidad que dejó marcas de uñas en el barniz.

—No quiero irme, dijo Felicia con voz que era suya pero que sonaba como si alguien más estuviera usando sus cuerdas vocales, —aquí está muy divertido. Hay muchas cosas que ver.

Finalmente, Charito logró llevársela, pero no sin antes notar que varios feligreses las miraban con mezcla de compasión y preocupación que sugería que todos habían llegado a la misma conclusión: Felicia Dorantes no estaba comportándose como niña normal con problemas de conducta.

Estaba comportándose como niña poseída por algo que no pertenecía a este mundo.

Esa tarde, después de consultar con doña Remedios Paniagua —quien tenía experiencia en identificar situaciones sobrenaturales después de décadas de vivir en Catemaco— Charito llegó a la conclusión de que necesitaba ayuda profesional.

No del tipo que ofrecían doctores o psicólogos, sino del tipo que solo podía proporcionar alguien con experiencia en lidiar con fuerzas que la medicina moderna prefiere ignorar.

Necesitaba al Centauro Negro.

—Doña Remedios, le dijo mientras tomaban té de manzanilla en la cocina, lejos de donde Felicia pudiera escuchar, —creo que mi sobrina tiene el demonio adentro.

—Ay, Charito, respondió doña Remedios con comprensión que venía de haber visto cosas similares, —esa niña definitivamente no está bien de la cabeza... o tal vez está demasiado bien, pero con cabeza que no es suya.

—¿Usted cree que el Centauro Negro puede ayudarla?

—Mija, si alguien puede sacar demonios de niñas pequeñas, es él. Ese hombre maneja lo sobrenatural como otros manejan herramientas de trabajo.

Esa noche, mientras Felicia reía con su amigo invisible del techo y mordía el aire con entusiasmo renovado, Charito Dorantes tomó la decisión más difícil de su vida: al día siguiente llevaría a su sobrina a una exorcismo profesional.

Lo que no sabía era que en Catemaco, cuando se trata de niñas que hablan idiomas demoníacos y conversan con habitantes del techo, la línea entre posesión genuina e imaginación hiperactiva puede ser tan delgada como la diferencia entre travesura infantil y teatro involuntario dirigido por fuerzas que es mejor no cuestionar demasiado.

Capítulo 14

Gallinas, crucifijos y gritos

Un lunes por la tarde, Charito llegó cargando a Felicia de la mano como si fuera explosivo que pudiera detonar en cualquier momento. La niña caminaba con normalidad aparente, pero cada pocos pasos murmuraba palabras en su idioma incomprensible que sonaban como amenazas susurradas en dialecto del inframundo.

Para casos de posesión demoníaca, el Centauro Negro había explicado que necesitaba su casa particular, no el consultorio. Requería espacio más amplio y privacidad absoluta para evitar que los gritos fueran escuchados por vecinos que podrían llamar a la policía creyendo que estaba torturando niños.

La casa era sorprendentemente normal por fuera, pero el interior había sido transformado para la ocasión en algo que parecía mezcla entre iglesia católica y museo de antropología. Crucifijos de diferentes tamaños colgaban de todas las paredes, velas negras y blancas formaban círculos concéntricos en el suelo, y un altar improvisado donde convivían santos católicos con figuras prehispánicas.

En un rincón había una jaula grande que contenía tres gallinas blancas que cacareaban nerviosamente, como si supieran que su participación en la ceremonia no iba a ser voluntaria.

—Doña Charito, saludó con solemnidad de médico recibiendo paciente terminal, —y esta debe ser la pequeña Felicia, que trae visitante indeseado en el alma.

Felicia lo miró con curiosidad de científico examinando espécimen interesante. —¿Usted es el que va a sacarme al hombre del techo?

—Soy el que va a sacar a quien no pertenece aquí, respondió con voz grave, —para que vuelvas a ser solo una niña normal.

—Pero es que me gusta tener compañía, protestó Felicia con lógica infantil aplastante, —el hombre del techo sabe muchas cosas divertidas y nunca me regaña por tirar cubiertos.

El brujo intercambió mirada significativa con Charito. En su experiencia, los demonios auténticos no solían admitir su presencia tan casualmente.

—Siéntese ahí, niña, le indicó señalando una silla ubicada en el centro de los círculos de velas, —y usted, doña Charito, puede sentarse en esa banca. Durante el ritual no debe intervenir sin importar lo que vea o escuche.

Felicia se sentó con obediencia que sorprendió a su tía, como si fuera espectadora de su propio exorcismo.

El Centauro Negro comenzó encendiendo velas mientras recitaba oraciones en latín que sonaban auténticas aunque probablemente las había aprendido de películas de terror. El humo de incienso llenó la habitación creando atmósfera que oscilaba entre sagrada y teatral.

—¡San Miguel Arcángel, protégenos en la batalla!, gritó con voz que resonó por toda la casa, —¡Santa María, Madre de Dios, cúbrenos con tu manto sagrado!

Felicia observaba con atención fascinada, ocasionalmente murmurando comentarios en su idioma incomprensible que sonaban como críticas constructivas dirigidas a la calidad de la actuación.

—Ahora vamos a identificar exactamente qué tipo de entidad habita en esta niña, declaró mientras sacaba una botella de agua bendita que roció generosamente sobre Felicia.

La reacción fue inmediata y dramática. Felicia comenzó a gritar como si el agua fuera ácido, se retorció en la silla como si algo invisible la estuviera pinchando, y sus ojos se pusieron completamente blancos.

—¡GRYTHAAK NETHUL MORGOTH!, gritó con voz que sonaba como si viniera de caverna profunda, —¡SKULVEN MALTHOR YETHAAL!

Charito se persignó tantas veces que parecía que había desarrollado tic nervioso religioso.

—¡Identifícate, espíritu inmundo!, ordenó el Centauro Negro mientras levantaba un crucifijo gigante, —¡Di tu nombre para que puedas ser expulsado!

—¡MI NOMBRE ES LEGIÓN!, respondió Felicia con voz que parecía coro de demonios hablando al unísono, —¡PORQUE SOMOS MUCHOS!

Era respuesta clásica de posesión demoníaca, exactamente lo que el brujo esperaba escuchar.

—¡Sal de ahí, Legión! ¡Este cuerpo no te pertenece! ¡Regresa al inframundo del que viniste!

La respuesta de Felicia fue levantarse con movimiento fluido que parecía demasiado elegante para niña de nueve años y comenzar a caminar como si estuviera flotando.

—¡No me voy!, declaró con voz que sonaba como mezcla entre niña pequeña y anciano con problemas respiratorios, —¡Aquí estoy muy cómodo! ¡Esta niña me gusta!

Fue entonces cuando el Centauro Negro decidió usar la artillería pesada espiritual. Se dirigió hacia la jaula y sacó una de las gallinas, que inmediatamente comenzó a protestar con cacareos que sonaban como acusaciones legales.

—¡Este animal sagrado va a absorber toda tu energía maligna!, anunció mientras comenzó a pasar la gallina por todo el cuerpo de Felicia.

La gallina, comprensiblemente aterrada, aleteó desesperadamente y defecó sobre el vestido rosa de Felicia, que inmediatamente comenzó a reírse con carcajadas que sonaban demasiado adultas para su edad.

—¡Le gusta a la gallina!, exclamó con alegría siniestra, —¡Dice que soy muy suave!

—¡Cállate, demonio!, gritó el brujo mientras continuaba el ritual. La gallina parecía haber entrado en estado de shock avícola.

—Felicia comenzó a hablar en múltiples voces simultáneas: ¡No queremos irnos!— (voz de niña) ¡Aquí se está muy bien!— (voz de anciano) ¡Y no hay que pagar renta!— (voz de Catemaco)

Charito se dio cuenta de que su sobrina había sido poseída por una pensión espiritual.

El Centauro Negro, sudando por el esfuerzo, decidió usar la técnica final: colocó las manos sobre la cabeza de Felicia y comenzó a gritar órdenes directas.

—¡POR EL PODER DE CRISTO QUE TE COMPELE, SAL DE AQUÍ!, vociferó con voz que podía escucharse tres casas más allá, —¡EN EL NOMBRE DEL PADRE, DEL HIJO, Y DEL ESPÍRITU SANTO, ABANDONA ESTE CUERPO!

La respuesta de Felicia fue comenzar a convulsionar como si tuviera ataque epiléptico, pero sus convulsiones parecían coreografiadas, como si fueran baile interpretativo más que síntoma médico.

Súbitamente, se quedó completamente inmóvil. Sus ojos se cerraron, su respiración se volvió profunda y regular, y por primera vez en semanas pareció una niña normal durmiendo.

El silencio en la habitación fue tan completo que hasta las gallinas dejaron de cacarear.

—¿Se fueron?, preguntó Charito con voz susurrada.

El Centauro Negro se acercó cautelosamente a Felicia y le puso la mano en la frente, como médico verificando temperatura.

—Creo que sí, murmuró con alivio evidente, —ya no siento presencia extraña. La niña está limpia.

En ese momento, Felicia abrió los ojos con sonrisa angelical que su tía no había visto en semanas.

—¡Tía Charito!, exclamó con voz que era completamente suya, —¿qué hacemos aquí? ¿Y por qué tengo caca de gallina en mi vestido?

Era la primera vez en tres semanas que Felicia hablaba en español perfecto sin agregar palabras en idiomas demoníacos incomprensibles.

El exorcismo había funcionado.

O al menos, eso parecía.

Lo que ninguno de los adultos presentes notó fue la sonrisa brevísima que cruzó por la cara de Felicia cuando se dieron vuelta para discutir los detalles del pago, una sonrisa que sugería que tal vez la niña había aprendido algo muy valioso sobre el poder del teatro, la atención de los adultos, y las ventajas de tener reputación de estar poseída por fuerzas sobrenaturales.

Pero esa sonrisa duró solo un segundo, y después Felicia volvió a ser la niña perfectamente normal que su tía conocía y amaba, aunque ahora con vestido manchado de excremento de gallina y experiencia de haber sido protagonista del exorcismo más ruidoso en la historia reciente de Catemaco.

Capítulo 15

Espíritu libre... y tía sin descanso

Los primeros tres días después del exorcismo fueron los más tranquilos que Charito había vivido en un mes. Felicia despertaba cada mañana con su sonrisa angelical habitual, desayunaba sin tirar cubiertos al suelo, y hablaba exclusivamente en español comprensible sin agregar palabras en idiomas que sonaran como amenazas demoníacas mal pronunciadas.

—Buenos días, tía, la saludaba cada mañana con voz que era completamente suya, sin rastro de las entonaciones guturales que habían caracterizado su período de posesión.

Felicia regresó a sus actividades normales: ayudaba con las tareas domésticas, jugaba con sus muñecas, y se comportaba como la niña bien educada que había sido antes de su encuentro con habitantes del techo. Ya no mordía el aire, no caminaba por la casa buscando cosas invisibles, y no tenía conversaciones nocturnas con entidades que solo ella podía ver.

Charito comenzó a relajarse, convencida de que el Centauro Negro había realizado un trabajo excepcional. Los quinientos pesos que había pagado por el exorcismo le parecían la mejor inversión de su vida.

Pero el cuarto día, empezaron los nuevos problemas.

Felicia despertó a las cinco de la mañana cantando rancheras a todo pulmón. No era canto demoníaco ni poseído; era canto entusiasta de niña que había descubierto súbitamente su amor por la música tradicional mexicana.

—¡Allá en el rancho grande, allá donde vivía!, cantaba con voz que podía despertar a tres cuadras de distancia, —¡había una rancherita que alegre me decía!

—Felicia, murmuró Charito desde su cama, —son las cinco de la mañana. La gente está durmiendo.

—¡Pero es que tengo muchas ganas de cantar, tía!, respondió Felicia con entusiasmo que rayaba en manía, —¡Siento como si tuviera música adentro que quiere salir!

Durante el desayuno, Felicia anunció que había decidido organizar una lotería para esa misma noche, con premios que incluían sus juguetes, dulces que pensaba comprar en la tienda, y —sorpresas especiales que no quiso especificar.

—¿Una lotería?, preguntó Charito con confusión creciente.

—Sí, explicó Felicia con lógica que parecía perfectamente sensata en su mente de nueve años, —voy a invitar a todos los niños del barrio y vamos a jugar hasta muy tarde. Va a ser muy divertido.

—Felicia, las niñas de tu edad no organizan loterías, trató de razonar Charito, —eso es cosa de adultos.

—Pero es que yo tengo mucha energía nueva, respondió Felicia con sonrisa que era demasiado amplia para ser completamente normal, —desde que me sacaron a los amigos del techo, tengo ganas de hacer muchas cosas divertidas.

Esa noche, efectivamente, Felicia organizó una lotería que comenzó a las siete y terminó a las tres de la madrugada. Había invitado a todos los niños del barrio, algunos adolescentes curiosos, y hasta varios adultos que llegaron atraídos por los gritos de emoción que se escuchaban desde la calle.

La casa de Charito se convirtió en casino infantil improvisado. Felicia había fabricado tarjetas de lotería con cartón y crayolas, había conseguido frijoles para marcar números, y actuaba como presentadora profesional de espectáculo televisivo.

—¡Lotería, lotería!, gritaba con voz que podía competir con vendedor ambulante experimentado, —¡El corazón, el que me late por tanto quererte!

Los vecinos se asomaban por las ventanas para ver qué pasaba. Algunos se quejaron del ruido, otros se unieron al juego, y todos coincidían en que Felicia parecía haber desarrollado personalidad completamente nueva que era más intensa que la anterior pero diferente en maneras que no sabían cómo describir.

—Esa niña está más energética que antes, comentó doña Esperanza Aguirre cuando Charito le contó sobre la lotería nocturna, —como si le hubieran dado vitaminas para elefante.

La nueva personalidad de Felicia se manifestó de maneras cada vez más creativas durante las siguientes semanas. Desarrolló pasión súbita por la cocina y comenzó a preparar platillos experimentales que mezclaban ingredientes de maneras que desafiaban toda lógica culinaria: tacos de mermelada con chile, sopa de frutas con sal, y postres que incluían verduras como ingrediente principal.

—Tía, prueba mi nueva creación, le decía presentando platos que parecían experimentos de laboratorio más que comida, —es pastel de zanahoria con atún y azúcar.

—Felicia, eso no se puede comer, protestaba Charito mientras examinaba combinaciones que violaban leyes básicas de gastronomía.

—¡Pero si está delicioso!, insistía Felicia después de probar sus propias creaciones con entusiasmo genuino, —solo tienes que comerlo con mente abierta.

También desarrolló hobby de reorganizar todos los muebles de la casa según criterios que solo ella entendía. Un día, Charito llegó de hacer compras y encontró que todos los muebles de la sala habían sido movidos para crear lo que Felicia llamaba —círculo de buena energía.

—¿Por qué moviste todos los muebles?, preguntó Charito mientras contemplaba su sala transformada en algo que parecía diseñado por decorador con problemas de percepción espacial.

—Es que sentí que la energía no estaba fluyendo bien, explicó Felicia con seriedad de consultora en feng shui, —ahora todo está alineado para que las vibraciones positivas circulen mejor por la casa.

Pero lo más agotador de la nueva personalidad de Felicia era su energía aparentemente inagotable. Se levantaba antes del amanecer, se acostaba después de medianoche, y durante las horas intermedias mantenía nivel de actividad que haría envidiosos a atletas profesionales.

Organizaba obras de teatro en el patio donde ella interpretaba todos los personajes, creaba juegos nuevos que inventaba sobre la marcha, y desarrollaba proyectos artísticos que incluían pintar murales en las paredes de su habitación con materiales que encontraba por la casa.

—Felicia, ya es hora de dormir, le decía Charito todas las noches a las once.

—¡Pero si no tengo sueño!, respondía Felicia con vitalidad que parecía alimentada por fuente de energía nuclear, —¡Tengo muchas ideas para

mañana! ¡Voy a organizar un circo en el patio! ¡Y tal vez un concurso de talentos! ¡O los dos al mismo tiempo!

Después de dos semanas de esta nueva rutina, Charito estaba más agotada que durante el período de posesión demoníaca. Al menos cuando Felicia tenía visitantes del techo, se quedaba quieta en un lugar conversando con ellos. Ahora la niña era torbellino humano que transformaba todo lo que tocaba y no parecía necesitar descanso jamás.

—No entiendo, le confesó a doña Remedios Paniagua durante una de sus visitas vespertinas, —antes tenía demonio adentro pero se quedaba quieta. Ahora está libre de demonios pero no para ni un segundo.

—Ay, Charito, respondió doña Remedios con sabiduría que venía de haber observado muchas situaciones inexplicables, —tal vez el problema no era que tuviera demonio adentro, sino que estaba aburrida. Ahora que se liberó, tiene que compensar todo el tiempo que estuvo sin hacer travesuras normales.

La teoría de doña Remedios comenzó a tener sentido cuando Charito reflexionó sobre el comportamiento de Felicia desde que había llegado a vivir con ella. La niña siempre había sido obediente, callada, y bien portada. Tal vez demasiado bien portada para ser completamente normal.

—¿Usted cree que inventó todo lo del demonio?, preguntó Charito con mezcla de admiración y exasperación.

—Mija, esa niña es más inteligente de lo que cualquiera de nosotros sospechaba, respondió doña Remedios con sonrisa que sugería que había llegado a esa conclusión mucho antes, —se inventó una manera de tener toda la atención del mundo, de que la llevaran con brujo famoso, y de que hablaran de ella en todo el pueblo. Y ahora que 'se curó', puede hacer lo que se le dé la gana porque todos pensamos que está recuperándose de posesión demoníaca.

Esa noche, mientras Felicia organizaba su segunda lotería semanal en el patio con asistencia que incluía niños de tres colonias diferentes, Charito observó a su sobrina con ojos nuevos.

La niña dirigía el espectáculo con confianza de empresaria experimentada, mantenía entretenidos a veinte niños simultáneamente, y parecía disfrutar genuinamente su papel de centro de atención comunitario.

—¡El pescado, el que nada en el río!, gritaba Felicia mientras sacaba cartas de lotería de una caja decorada, —¡El árbol, el que nos da sombra y oxígeno!

No había rastro del idioma demoníaco, no mordía el aire, no conversaba con habitantes del techo. Pero tampoco había rastro de la niña tímida y obediente que había sido antes. Esta nueva Felicia era una fuerza de la naturaleza que había encontrado su vocación como organizadora de eventos infantiles y perturbadora profesional de la paz doméstica.

—Felicia, le dijo Charito cuando finalmente terminó la lotería y se quedaron solas limpiando los restos de la celebración, —¿de verdad tenías demonios adentro?

Felicia la miró con esa sonrisa angelical que había perfeccionado durante años de ser la niña perfecta, y después con la nueva sonrisa pícara que había desarrollado desde su liberación espiritual.

—Tía, respondió con inocencia que no engañaba a nadie, —yo solo sé que ahora soy muy feliz y tengo muchas ganas de organizar cosas divertidas. ¿No es eso lo que importa?

Y Charito, mirando a su sobrina que había pasado de ser niña poseída por demonios a ser demonio de la organización de eventos comunitarios, se dio cuenta de que tal vez el Centauro Negro había hecho exactamente el trabajo que ella había pedido: había liberado el espíritu de Felicia.

El problema era que el espíritu liberado resultó ser mucho más problemático que cualquier demonio que hubiera podido habitarla.

Pero al menos, reflexionó mientras veía a Felicia planear entusiastamente su próximo proyecto —un festival de teatro infantil que incluiría obras escritas, dirigidas, y protagonizadas por ella misma—, ahora sabía que todos los problemas que enfrentaría en el futuro serían completamente humanos, creativos, y agotadoramente normales.

Y en Catemaco, donde la línea entre lo sobrenatural y lo cotidiano es más sugerencia que regla, eso era el tipo de bendición que solo se aprecia después de haber experimentado las alternativas.

Epílogo: Los resabios de los hechos

Seis meses después de que estas historias ocurrieran —o tal vez después de que fueran inventadas, porque en Catemaco la diferencia entre lo que pasa y lo que la gente jura que vio pasar es tan delgada como la cáscara de mandarina bendita—, el pueblo seguía funcionando con la misma mezcla de realidad y fantasía que había caracterizado su existencia desde tiempos remotos.

El Centauro Negro había prosperado tanto que tuvo que mudarse a un consultorio más grande en la calle principal, con letrero que decía —Ausencio Mondragón - Especialista en Problemas del Alma y, en letras más pequeñas, —Se aceptan tarjetas de crédito. Su nueva clientela incluía turistas de la Ciudad de México, empresarios de Veracruz, y hasta un político de Tamaulipas que había venido a preguntar si existían amarres para electores indecisos.

Espiridión Lagunes había encontrado su vocación como mensajero oficial entre Catemaco y Xalapa. Su experiencia con sobres misteriosos lo había convertido en el repartidor más confiable de la región, principalmente porque había desarrollado sexto sentido para detectar envíos problemáticos. Gertrudis había regresado con los niños después de descubrir que la Ciudad de México era cara, ruidosa, y que en ningún lugar hacían frijoles como los de Catemaco.

Leonardo Luján había resuelto su problema de soledad convirtiéndose en el patrón no oficial de las fiestas del pueblo. Su dinero financiaba ahora las celebraciones de santos patronos y cualquier evento que requiriera presupuesto más generoso que el municipal. No había conseguido nuevos amigos íntimos, pero había descubierto que ser el benefactor anónimo de la alegría comunitaria le daba un tipo de compañía diferente.

Conchita Chimal había aprendido una lección valiosa sobre la diferencia entre amor y obsesión después de pasar tres semanas escondiéndose de Lalo Canales, quien había desarrollado costumbres románticas que incluían dormir en la banqueta y serenatas a las cinco de la madrugada. El amarre había funcionado tan bien que tuvo que regresar con el Centauro Negro para solicitar un —desamarre de emergencia.

Sofía Sánchez se había convertido en la vendedora de frutas más famosa de tres municipios después de que la historia de sus mandarinas benditas se extendiera como leyenda urbana comestible. Los turistas llegaban específicamente a comprar —fruta sagrada que, según rumores, tenía propiedades protectoras. Gumersindo Palafox había desaparecido del pueblo después de que varios comerciantes decidieran bendecir sus productos.

Felicia Dorantes había canalizado su energía post-exorcismo hacia el teatro infantil, convirtiéndose en la directora artística no oficial de todas las actividades culturales del pueblo. Sus obras incluían adaptaciones donde los personajes hablaban ocasionalmente en su idioma demoníaco perfeccionado, lo cual los adultos interpretaban como —creatividad artística innovadora.

Pero la verdadera revelación llegó en diciembre, durante la fiesta patronal, cuando todos los protagonistas se encontraron casualmente en la cantina de Macedonio García y comenzaron a comparar sus experiencias.

—A mí me costó doscientos pesos la limpia, comentó Espiridión.

—A mí quinientos el amarre, añadió Conchita, —y otros trescientos el desamarre.

—Yo pagué quinientos por romper la maldición, murmuró Leonardo.

—Cuatrocientos por bendecir la fruta, contribuyó Sofía.

—Quinientos por el exorcismo, concluyó Charito.

Fue Crescenciano Heredia quien hizo la observación que cambió toda la conversación: —¿Se dan cuenta de que todos sus problemas se resolvieron, pero ninguno se resolvió como esperaban?

Era cierto. Espiridión había conseguido trabajo, pero no porque la limpia hubiera quitado su mala suerte, sino porque había demostrado ser honesto en situación comprometedora. Conchita había perdido a Lalo, pero había ganado experiencia sobre la diferencia entre amor y obsesión. Leonardo seguía solo, pero había encontrado propósito en su soledad. Sofía había mantenido su negocio por psicología, no por bendición. Y

Felicia había liberado una personalidad más problemática que cualquier demonio.

—Tal vez, sugirió Aniceto Morales, —el Centauro Negro no nos resolvió los problemas. Nos dio excusas para resolverlos nosotros mismos.

—O tal vez, añadió Ladislao Herrera, —los problemas se resolvieron solos y nosotros necesitábamos creer que habíamos hecho algo para solucionarlos.

—O tal vez, intervino doña Remedios Paniagua, —todos ustedes son un bola de pendejos que le pagaron a Ausencio Mondragón por hacerlos sentir mejor consigo mismos.

El silencio que siguió fue el tipo de silencio que precede a revelaciones importantes.

—¿Ustedes sabían que se llama Ausencio Mondragón?, preguntó Leonardo.

—Ese muchacho es hijo de mi comadre Jacinta, admitió doña Remedios. —Estudió contabilidad en Xalapa, pero se regresó cuando se dio cuenta de que podía ganar más dinero como brujo que como contador.

La revelación cayó sobre la mesa como bomba de verdad. El Centauro Negro, el místico más respetado de Catemaco, era Ausencio Mondragón, contador público frustrado que había encontrado su verdadera vocación en la psicología aplicada disfrazada de brujería.

—Pero funcionó, murmuró Sofía después de un momento.

—Exactamente, coincidió Espiridión, —mis problemas se resolvieron.

—Y los míos, añadió Conchita, —aunque no como esperaba.

Y ahí, en la cantina de Macedonio García, estos cinco habitantes de Catemaco llegaron a una comprensión que tal vez era más valiosa que cualquier bendición: a veces la magia funciona no porque sea real, sino porque la necesidad de creer en algo más grande que nosotros mismos nos da el valor para cambiar lo que sí podemos cambiar.

El Centauro Negro —o Ausencio Mondragón, contador público convertido en consultor espiritual— había entendido algo fundamental sobre la naturaleza humana: la gente no paga por milagros, paga por esperanza. Y la esperanza, cuando se mezcla con acción decidida y un poco de teatralidad bien ejecutada, puede producir resultados indistinguibles de la magia auténtica.

Esa noche, mientras cada uno regresaba a casa con una perspectiva alterada sobre la diferencia entre soluciones sobrenaturales y naturales, Catemaco siguió siendo el mismo pueblo donde los monos asiáticos viven en islas tropicales mexicanas, donde los tegogolos nadan junto a las esperanzas perdidas, y donde cada atardecer trae la promesa de que mañana será otro día para que alguien más decida apostarle su destino a la sabiduría cuestionable de un hombre que entiende que la verdadera

magia no está en los rituales, sino en dar a la gente la excusa perfecta para hacer lo que ya sabían que tenían que hacer.

Y así, en este lugar donde el humo del copal se mezcla eternamente con el de las garnachas, donde la realidad convive pacíficamente con la fantasía, y donde los contadores públicos pueden convertirse en brujos exitosos sin dejar de ser fundamentalmente honestos en su trabajo, la vida continúa con esa mezcla perfecta de escepticismo y fe que caracteriza a quienes han aprendido que a veces la mejor manera de enfrentar la vida es creer en algo, aunque ese algo sea tan simple como que mañana puede ser diferente de hoy.

Porque al final, en Catemaco como en cualquier lugar del mundo, los alcances de la superstición llegan exactamente hasta donde los alcances de la esperanza están dispuestos a llevarlos. Y eso, como cualquier habitante del pueblo puede confirmar, es generalmente más lejos de lo que cualquier contador público converso a brujo podría haber calculado en sus proyecciones más optimistas.

Epílogo

Los resabios de los hechos

Seis meses después de que estas historias ocurrieran —o tal vez después de que fueran inventadas, porque en Catemaco la diferencia entre lo que pasa y lo que la gente jura que vio pasar es tan delgada como la cáscara de mandarina bendita—, el pueblo seguía funcionando con la misma mezcla de realidad y fantasía que había caracterizado su existencia desde tiempos remotos.

El Centauro Negro había prosperado tanto que tuvo que mudarse a un consultorio más grande en la calle principal, con letrero que decía —Ausencio Mondragón - Especialista en Problemas del Alma y, en letras más pequeñas, —Se aceptan tarjetas de crédito. Su nueva clientela incluía turistas de la Ciudad de México, empresarios de Veracruz, y hasta un político de Tamaulipas que había venido a preguntar si existían amarres para electores indecisos.

Espiridión Lagunes había encontrado su vocación como mensajero oficial entre Catemaco y Xalapa. Su experiencia con sobres misteriosos lo había convertido en el repartidor más confiable de la región, principalmente porque había desarrollado sexto sentido para detectar envíos problemáticos. Gertrudis había regresado con los niños después de descubrir que la Ciudad de México era cara, ruidosa, y que en ningún lugar hacían frijoles como los de Catemaco.

Leonardo Luján había resuelto su problema de soledad convirtiéndose en el patrón no oficial de las fiestas del pueblo. Su dinero financiaba ahora las celebraciones de santos patronos y cualquier evento que requiriera presupuesto más generoso que el municipal. No había conseguido

nuevos amigos íntimos, pero había descubierto que ser el benefactor anónimo de la alegría comunitaria le daba un tipo de compañía diferente.

Conchita Chimal había aprendido una lección valiosa sobre la diferencia entre amor y obsesión después de pasar tres semanas escondiéndose de Lalo Canales, quien había desarrollado costumbres románticas que incluían dormir en la banqueta y serenatas a las cinco de la madrugada. El amarre había funcionado tan bien que tuvo que regresar con el Centauro Negro para solicitar un —desamarre de emergencia.

Sofía Sánchez se había convertido en la vendedora de frutas más famosa de tres municipios después de que la historia de sus mandarinas benditas se extendiera como leyenda urbana comestible. Los turistas llegaban específicamente a comprar —fruta sagrada que, según rumores, tenía propiedades protectoras. Gumersindo Palafox había desaparecido del pueblo después de que varios comerciantes decidieran bendecir sus productos.

Felicia Dorantes había canalizado su energía post-exorcismo hacia el teatro infantil, convirtiéndose en la directora artística no oficial de todas las actividades culturales del pueblo. Sus obras incluían adaptaciones donde los personajes hablaban ocasionalmente en su idioma demoníaco perfeccionado, lo cual los adultos interpretaban como —creatividad artística innovadora.

Pero la verdadera revelación llegó en diciembre, durante la fiesta patronal, cuando todos los protagonistas se encontraron casualmente en la cantina de Macedonio García y comenzaron a comparar sus experiencias.

—A mí me costó doscientos pesos la limpia, comentó Espiridión.

—A mí quinientos el amarre, añadió Conchita, —y otros trescientos el desamarre.

—Yo pagué quinientos por romper la maldición, murmuró Leonardo.

—Cuatrocientos por bendecir la fruta, contribuyó Sofía.

—Quinientos por el exorcismo, concluyó Charito.

Fue Crescenciano Heredia quien hizo la observación que cambió toda la conversación: —¿Se dan cuenta de que todos sus problemas se resolvieron, pero ninguno se resolvió como esperaban?

Era cierto. Espiridión había conseguido trabajo, pero no porque la limpia hubiera quitado su mala suerte, sino porque había demostrado ser honesto en situación comprometedora. Conchita había perdido a Lalo, pero había ganado experiencia sobre la diferencia entre amor y obsesión. Leonardo seguía solo, pero había encontrado propósito en su soledad. Sofía había mantenido su negocio por psicología, no por bendición. Y Felicia había liberado una personalidad más problemática que cualquier demonio.

—Tal vez, sugirió Aniceto Morales, —el Centauro Negro no nos resolvió los problemas. Nos dio excusas para resolverlos nosotros mismos.

—O tal vez, añadió Ladislao Herrera, —los problemas se resolvieron solos y nosotros necesitábamos creer que habíamos hecho algo para solucionarlos.

—O tal vez, intervino doña Remedios Paniagua, —todos ustedes son un bola de pendejos que le pagaron a Ausencio Mondragón por hacerlos sentir mejor consigo mismos.

El silencio que siguió fue el tipo de silencio que precede a revelaciones importantes.

—¿Ustedes sabían que se llama Ausencio Mondragón?, preguntó Leonardo.

—Ese muchacho es hijo de mi comadre Jacinta, admitió doña Remedios. —Estudió contabilidad en Xalapa, pero se regresó cuando se dio cuenta de que podía ganar más dinero como brujo que como contador.

La revelación cayó sobre la mesa como bomba de verdad. El Centauro Negro, el místico más respetado de Catemaco, era Ausencio Mondragón, contador público frustrado que había encontrado su verdadera vocación en la psicología aplicada disfrazada de brujería.

—Pero funcionó, murmuró Sofía después de un momento.

—Exactamente, coincidió Espiridión, —mis problemas se resolvieron.

—Y los míos, añadió Conchita, —aunque no como esperaba.

Y ahí, en la cantina de Macedonio García, estos cinco habitantes de Catemaco llegaron a una comprensión que tal vez era más valiosa que cualquier bendición: a veces la magia funciona no porque sea real, sino porque la necesidad de creer en algo más grande que nosotros mismos nos da el valor para cambiar lo que sí podemos cambiar.

El Centauro Negro —o Ausencio Mondragón, contador público convertido en consultor espiritual— había entendido algo fundamental sobre la naturaleza humana: la gente no paga por milagros, paga por esperanza. Y la esperanza, cuando se mezcla con acción decidida y un poco de teatralidad bien ejecutada, puede producir resultados indistinguibles de la magia auténtica.

Esa noche, mientras cada uno regresaba a casa con una perspectiva alterada sobre la diferencia entre soluciones sobrenaturales y naturales, Catemaco siguió siendo el mismo pueblo donde los monos asiáticos viven en islas tropicales mexicanas, donde los tegogolos nadan junto a las esperanzas perdidas, y donde cada atardecer trae la promesa de que mañana será otro día para que alguien más decida apostarle su destino a la sabiduría cuestionable de un hombre que entiende que la verdadera magia no está en los rituales, sino en dar a la gente la excusa perfecta para hacer lo que ya sabían que tenían que hacer.

Y así, en este lugar donde el humo del copal se mezcla eternamente con el de las garnachas, donde la realidad convive pacíficamente con la fantasía, y donde los contadores públicos pueden convertirse en brujos exitosos sin dejar de ser fundamentalmente honestos en su trabajo, la

vida continúa con esa mezcla perfecta de escepticismo y fe que caracteriza a quienes han aprendido que a veces la mejor manera de enfrentar la vida es creer en algo, aunque ese algo sea tan simple como que mañana puede ser diferente de hoy.

FIN

En memoria de todos aquellos que han encontrado soluciones reales a problemas verdaderos mediante métodos que la ciencia prefiere no explicar y que la fe prefiere no cuestionar.